






Mt 14
7/34
550799

LAS TARDES DE LA GRANJA,

Ó

LAS LECCIONES DEL PADRE.

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS

POR DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA.

TOMO QUARTO.

MADRID
POR GOMEZ FUENTENEBRO Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1811.

¡Rústicos techos, campos abundosos,
magnífico estrellado pavimento,
alma naturaleza! los mejores
libros de la enseñanza sois vosotros.

TARDES

CONTENIDAS EN ESTE QUARTO TOMO.

LAS TARDES DE LA GRANJA.

TARDE XXIV.

EL ORGULLO.

Juanon y su hijo.

Muchos dias se habian pasado desde la ausencia de Mr. de Lonchamps; y el anciano padre, que contraxo una enfermedad bastante grave, habia interrumpido

las lecciones para cuidar de su salud, por lo que reynaba en la granja el tedio mas profundo. Los muchachos deseaban con ansia entretenerse; pero entregados á la inquietud en que les ponia el estado de su padre, le prodigaban las caricias y auxîlios que su débil edad les permitia. Palemon era anciano; temia la muerte, no por él, sino por sus hijos, que necesitaban de su ternura y sus lecciones; eran todavía muy muchachos, y si perdian á su padre, ¿qué apoyo les quedaba en el mundo? Estas reflexîones le agitáron tan fuertemente que se

aumentó su indisposicion ; pero el cielo que aun no habia fixado el término de sus dias le volvió la salud. Apénas se vió combaleciente hizo llamar á todos sus hijos , y les dixo: hijos mios, poco ha faltado para haberos quedado huérfanos , pero enjugad vuestras lágrimas ; y pues que recobro la salud , recobrad vosotros tambien la alegría. Mi indisposicion ha sido mas grave que creí al principio; y aunque estoy mucho mejor , la enfermedad me ha sugerido unas ideas que debo comunicaros. Si me hubieseis perdido , ¿qué habriais hecho? —

¡Ah papá!... — Hablad. — Yo, señor, respondió Armando, considerándome entónces como cabeza de la familia por mi edad, habria cuidado de mis hermanos; y con la asistencia de nuestros parientes y la de las leyes, hubiera procurado que fructificasen todo lo posible los bienes que nos quedasen. — Muy bien: dices que te considerarias como cabeza de la familia; pero para esto debias tener algun destino, de que tú careces. Tampoco sabes hacer nada útil á tus semejantes, no has hecho eleccion de un destino sólido, y ya es tiempo de pensar

en ello, pues pronto cumplirás diez y seis años, en cuya edad se debe ya poner la mira en alguna clase de la vida civil, en una palabra, se debe aprender el ministerio que se ha de abrazar. Ea pues, háblame con franqueza, ¿quál es el estado que prefieres? — Pero papá... — Dí, amigo mio, díle á tu padre quáles son tus ideas. — ¿Me lo permitis? — Y aun te lo mando. — Me parece, pues, que la clase que algun dia puede elevarnos á los primeros empleos del estado, debe ser preferida. — ¿Qué quieres decir con eso? — Que pre-

feriria las plazas de la Magistratura, porque á cierto tiempo podrian proporcionarme el gobierno de mi patria, y yo me siento con inclinacion dominante hácia el gobierno. — ¡Ola, ¡ola! ¿con qué el señor Armando tiene ambicion? — Vos mismo me habeis dicho varias veces que una alma grande debe tenerla. — Un poquito. — La que baste para que cada qual procure ilustrar su nacimiento! — ¡Ilustrar su nacimiento! — Pues que, ¿solo se ha de trabajar en la agricultura? — ¿Con que desprecias á tu padre que toda su vida ha trabajado la

tierra? — No digo yo tal; pero si se puede hacer algo mejor... — ¡Algo mejor! ¿y qué se puede hacer mejor que fecundar el suelo que mantiene á nuestros semejantes, y que... Esas razones, señor, me parecen muy buenas en filosofia; pero en el comercio de la vida todas estas bellas máxîmas son exâgeradas; y lo que vemos es que el mundo aprecia mas á un togado que á un labrador. — Entendamos: si por togado entiendes un juez que defiende al oprimido, salva la vida, la fortuna y el honor de las familias, que es el órgano de las

leyes, distribuye la justiciá con equidad, recompensa el bien, castiga el mal, y llena en la tierra el ministerio del Sér supremo: en este caso adoptaria la mitad de tu opinion; y en esto quiero decir que pondria al hombre togado al nivel del hombre activo y laborioso, que baña con sus sudores la tierra para sacar de ella los dones de la naturaleza: estimaria á los dos igualmente, y los miraria como dos bienhechores de la humanidad. Pero el togado que te pinto no es el que comunmente se encuentra en el mundo, y aun me parece es mas fácil hallar un

labrador honrado que un magistrado irreprehensible. Casi todos los agricultores son gentes de virtud y probidad: no se hallan expuestos á los combates de la ambicion, del interes, de la intriga, y de las pasiones que asaltan á los hombres de gobierno: por eso los que saben resistirlas, son tan apreciables á los ojos del hombre instruido y sensible. No te expondré yo á estos peligros, no serás hombre de esta clase; y como que eres el mayor de tus hermanos, heredarás las tierras y posesiones que he regado por espacio de treinta años con los sudores de mi an-

gustiada frente. Serás labrador, como yo, y nunca despreciarás la memoria de tu padre. — ¿Qué decis? — La verdad: conozco que la suerte de los padres que educan á sus hijos para un estado que suponen mas elevado que el suyo es el desprecio y abandono: esto es lo que les espera á la vejez; y no me expondré yo á esto. Siendo tu clase igual á la mia no turbarán nuestra tranquilidad las preocupaciones, el equilibrio de los respetos y atenciones se conservará entre los dos: y al fin gozarás en paz de mis bienes, honrando la memoria de quien te los

ha dexado. En quanto á tus hermanos, son todavía tan niños, que tú ó yo tendrémos bastante tiempo para pensar en ellos. Esta es mi resolucion, Armando. — Pero, papá, ¿para qué me habeis hecho aprender el dibuxo, las matemáticas, la música y otras mil cosas? — Para que como yo seas instruido, para que disfrutes la estimacion de tus semejantes, y para que no se te hagan extraños los placeres de la vida. ¿No se pueden cultivar los campos por una persona que reuna mil qualidades brillantes? á mí me parece que un hombre que dotado de tantas gracias labrase por sí mismo

las heredades paternas, sería mucho mas feliz y mas recomendable. — Pero, señor, supuesto que convenís en que entre las gentes dedicadas al gobierno hay virtudes... — Tambien hay vicios: y lo mas temible y peligroso es el exemplo de la corrupcion. — ¿ Pensais que yo ultrajaria vuestra memoria ? — No por cierto; pero conozco el exemplo del mundo, y sé que el orgullo malogra la índole mas bella; pero dexemos este discurso; si me amas, seguirás mis consejos, y algun dia me agradecerás el habertelos dado. Hoy hace buen dia, y me siento con bastantes

fuerzas para dar un paseo. Acompañadme todos, hijos mios: iremos á comer á casa de un labrador amigo mio, que vive á tres quartos de legua de aquí, hácia los castañares. Es muy rico; y aunque no nos espera, sé que nos recibirá muy bien.

A esta proposicion saltaron de alegria los muchachos, porque hacia mucho tiempo que no habian salido. Solo Armando estaba un poco triste pensando en lo que acaba de decirle su padre; y su amor propio padecia y se resentia de la clase á que se consideraba destinado; pero en breve estimulado de sus herma-

nos, recobró su alegria, y partieron todos. Era muy de ver al anciano apoyándose en su báculo, sostenido del brazo derecho por Armando, del izquierdo por Benito, y detras á Leon. Adela y Julio caminaban adelante, hablando de su recíproca ternura. Ya hacia tiempo que Palemon habia conocido que su hijo adoptivo amaba á Adela mucho mas que á los otros hermanos. Los dos eran casi de una misma edad, iban á cumplir en breve quince años, ambos se buscaban mutuamente sin cesar, y se prestaban las mas delicadas atenciones. Palemon veia con mucha

satisfacion esta feliz correspondencia, y deseaba que los muchachos llegasen á amarse verdaderamente. Despues veremos el resultado de este amor naciente, y como su padre supo conciliar sus ímpetus con la decencia, arreglando á la razon sus progresos.

Llegaron á casa del labrador, que los recibió con amigable franqueza; y habiendo hecho matar algunas aves, comiéron alegremente. Despues visitáron su habitacion, que era muy capaz y hermosa. Al pasar por delante de la puerta principal reparó Palemon en una inscripcion que habia sobre ella,

y dixo á Armando, ¿qué es aquello? no traigo los anteojos; pues tienes mejor vista; leemelo si puedes. Armando con bastante trabajo, por estar algo borradas las cláusulas, leyó lo siguiente:

Hijo mio, tú has perdido
por tu loca inadvertencia
de Mamonville la herencia.

¡Rara inscripcion! dixo Palemon al labrador: hacedme el favor de explicarme su sentido.— Con mucho gusto; pero es historia bastante larga. Sentémonos todos, que yo tendré mucha satisfaccion en contárosla. Los muchachos, oyendo hablar de una historia, se

miráron á un tiempo, se colocáron al instante á los lados de su padre, y el labrador comenzó su relacion en estos términos.

Juanon, que por su rustiquez fué llamado así, no fué en sus principios mas que un simple jornalero; pero á fuerza de trabajar llegó á ser arrendador del señor de Mamonville, y se manejó tan bien, que aumentó considerablemente su fortuna. No tenia mas que un hijo, y éste de muy tierna edad, en quien fundaba todas sus esperanzas y consuelo, porque él era viudo, y lloraba sin cesar la compañera activa é indus-

triosa que le habia ayudado á acumular sus bienes. Era sensible, humano, y sobre todo era hombre de providad, pero le faltaba instruccion. Educado por unas gentes demasiado rústicas, pesado, áspero y grosero, era en todo el rigor del término, un pobre ganapan; pero en recompensa de su falta de cultura tenia un corazon excelente. Como su lenguage era propio de su crianza, se desesperaba por no haber estudiado, y no ser tan instruido como los muchos señoritos que continuamente veia en el castillo de Mamonville. Voto á tal, decia colérico, que

mi hijo no ha de ser como yo, no por cierto; estudiará, mal que le pese; y pues que soy rico, le tengo de ver en los empleos mejores. A fe mia que no ha de ser un salvage como yo, no por vida de tantos.

Tales eran los insensatos proyectos de Juanon que fué mi predecesor en la posesion de estas tierras, y el que hizo poner sobre la puerta la inscripcion que habeis visto. Queria elevar á su hijo á una clase superior, y así se preparaba las mayores pesadumbres. Tenia Juanon en París un hermano Procurador;

y envió á su casa al jóven Nicolás. No hay que reparar en dinero, escribia á su hermano, enséñale á mi hijo latin y todas las cosas que puedan hacerle sabio, para que algun dia sea hombre de provecho.

El hermano de Juanon que era un vanaglorioso, recibió gustoso al jóven Nicolás, pero se guardó muy bien de darle el título de sobrino. Le puso en un colegio, le hizo estudiar, y despues le traxo á su mismo despacho en calidad de escribiente. No le llamó sobrino hasta que tuvo diez y ocho años, y le vió mozo gallardo, pe-

timetre y fino, lo que llenó de amor propio al desdichado jóven. Ya no era este Nicolás, sino Mr. de Florival, el qual crecia diariamente en soberbia y presuncion. Muchas veces oia á su tio ridiculizar á su padre tratándole de grosero y estúpido, y él celebraba con desmesurada risa los dicterios contra un padre que le colmaba de beneficios: pues el buen Juanon, que durante los estudios de su hijo le habia hecho venir á Mamonville á pasar las vacaciones, idolatraba en él tanto, que nada omitia para satisfacer todos los caprichos de su hijo. Por des-

gracia, este buen padre vivia muy lejos de París, por lo que no podia ir á la Corte con freqüencia; además de que ya era anciano, y no tenia el vigor que en otra edad para hacer viages. Florival, que no cuidaba mucho de ver á su padre, le escribia que la aplicacion á sus negocios no le permitia pasar á su casa, y todas sus cartas terminaban pidiendo dinero. El inocente padre tenia por legítimas estas excusas, le enviaba quanto le pedia, y suspiraba por el momento en que podria abrazar á este hijo idolatrado.

En este estado de cosas, mu-

rió el tio de Florival, y su hijo mayor se apoderó de sus negocios. No estaba muy bien visto Florival de sus primos, por lo qual dexó su compañía, y alquiló una casa, con ánimo de continuar el estudio de la jurisprudencia, y seguir la profesion de Abogado. Participó este pensamiento á su padre, el qual quedó loco de contento. ¡Mi hijo, decia, mi hijo Abogado! ¡qué honor para mí! Así es como la vanidad, ó por mejor decir, la ternura con que amaba á su hijo, le disponia para su vejez los mas crueles sentimientos.

Estaba Florival para recibirse de Abogado, quando vió en el teatro una muger bellísima, de la qual quedó perdidamente enamorado; hizo seguir el coche de la señorita á Labrin, su criado, mozo astuto, intrigante, y muy propio para servir á un petimetre; y á poco rato supo que la hermosa dama, que le habia embelesado, se llamaba Rosalia, hija del Baron de Saint-Chal, hombre de pocas facultades, pero de una antigua familia, cuya casa estaba situada en la calle de la Universidad. Al momento concibió Florival la idea de casarse

con esta señorita. ¡ Pero ella es noble! ¿ y qué tenemos? decia él, me supondré hombre de clase ; y respecto de ser pobre la señorita, despues de contraido el matrimonio, sabré apaciguarla si se enoja, y lo mismo á toda su familia, haciendo ostentacion de las grandes riquezas de mi padre.

Halló Florival medio para introducirse en casa del Baron, á quien deslumbró facilmente con la finura de su ingenio y de su educacion. El padre de Rosalia era un antiguo militar, mas instruido en el arte de la guerra, que en el conocimiento del mundo y

del corazon humano. Habia sido herido en mas de veinte batallas, y tantos servicios no le habian producido sino una corta pension, que apenas le era suficiente para mantenerse con su hija, que ya no tenia madre. El Baron se ocupaba en solo presentar memoriales, y molestar al Ministro de guerra para obtener una recompensa de sus dilatados servicios; pero la ingratitud del gobierno le indignaba; y sin duda se habria retirado á alguna aldea, á no haberle prometido Florival alcanzarle quanto solicitaba por medio de su influxo y el de sus

amigos. Este era el único medio de conmover al anciano, y por eso miraba á nuestro jóven Florival como á hijo suyo. Por lo que respecta á Rosalia, no habia podido esta resistir mucho tiempo á las seductoras expresiones de Florival; y correspondia á su ternura, suspirando por el feliz momento de su matrimonio, cuya verificacion era tambien deseada con ansia de su amante.

Los excesivos gastos de Florival persuadieron fácilmente al Baron á que era muy rico, y por tanto admitió con bondad la súplica

que de allí á poco tiempo le hizo, á fin de que le diese la mano de su hija. Sin embargo, el Baron era bastante preocupado, y queria que su yerno fuese noble; no se detuvo en esto Florival, y transformó al buen Juanon en un Oficial retirado en su tierra, é impedido de la gota, que no le dexaba descansar ni un momento. Fingió cartas, en las quales su buen padre le manifestaba el sentimiento que tenia de no poder ir á baylar un minué con su amada nuera en la noche de su boda. Escribia al Baron que en favor de matrimonio tan honorífico para su

familia, compraria á su hijo una plaza de Consejero en el parlamento; y en una palabra, Florival y su criado dispusiéron tan bien este enredo, que el padre de Rosalia se convino á todo, y quedó determinado el dia de la boda de los jóvenes. Ya estamos en el pasage mas interesante de la historia.

Florival nada de todo esto habia participado á su padre, temiendo que por ignorancia, ó por algun otro medio descompusiese sus proyectos; pero sin embargo, necesitaba mucho dinero para celebrar dignamente su matrimonio. Era ne-

cesario que Labrin, su criado y confidente, emplease toda su destreza en esta negociacion; que fuese á ver á Juanon, y le diese parte del casamiento de su hijo con una jóven de alta clase; y que para evitar que el viejo escribiese ó se pusiese en camino, supusiera que la boda habia de hacerse dentro de dos meses, siendo así que se debia verificar al dia siguiente de la vuelta de Labrin. Hecho ya el matrimonio, podria Juanon venir quando quisiera, pues ya no seria temible su presencia, pues Florival habria desengañado á su esposa y suegro, quienes suponia él que le perdonarian facilmente el

engaño, en consideracion á sus grandes bienes.

Tales eran las ideas de Florival y su confidente; tales sus esperanzas; pero estaba decretado que la ingratitud y mala fé fuesen castigadas; y toda su prevision debia ceder á la justicia divina que iba á perseguirlos y descomponer sus designios.

Juanon no habia visto á su hijo en seis años. Tranquilo en su casa, ignoraba la intriga de Florival en París; y firmemente persuadido á que su hijo se manejaba con toda modestia y providad, quedó absorto al ver presentarse en su casa uno de sus sobrinos, hijo del Procurador, en

cuya casa habia estado Florival. No se amaban los primos ; y éste, que estaba instruido de todos los resortes de que se valia Florival para casarse con Rosalia , se habia propuesto hacer de modo que en casa del futuro suegro se representase una escena de las mas cómicas. Abrazó , pues , el sobrino á Juanon , á quien dixo que su primo Nicolás le enviaba á darle parte de su casamiento. Sí amado tio, añadió : Nicolás se casa con la hija del Baron de Saint-Chal , hombre muy conocido en París ; se estan haciendo los preparativos de la boda , y solo se espera vuestra presencia para que

todo quede concluido. Partid, pues partid quanto ántes, pues mi primo, me ha encargado mucho que os lo previniera; y él mismo hubiera venido, á no haberle ocurrido cierta precision que le obliga á permanecer en París. Nada os digo en quanto al dinero que debeis llevar para un asunto de tanta importancia, pues conoceis bien el honor que á todos nos resulta de este enlace, y sabreis manejaros con prudencia; pero lo mas urgente es el viage, porque vos solo retardais la felicidad de los dos amantes.

Atónito quedó el buen Juanon con esta noticia. No podia conce-

bir que su hijo sè casase con la hija de un Baron, honor tan grande le encantaba; y pidió solos dos dias para prepararse y hacerse un rico vestido. El sobrino recargó sobre la prontitud del viage, y se despidió del tio diciéndole: mi primo me espera impaciente, porque necesita mi asistencia para mil cosas. A Dios, amado tio: dentro de cinco, ó quando mas siete dias, espero veros en casa del Baron, que vive en la calle de la Universidad, cerca de la de Bac, número 676; y para que no os olvideis de las señas, os las dexo escritas en este papel.

El maligno primo, hecho esto partió riéndose de su artificio y de sus conseqüencias, que debian ser bien funestas para el orgulloso Florival. Juanon sacó inmediatamente de su cofre sus mejores vestidos, y luego hizo esta reflexîon: el suegro de mi hijo es noble, ¿pues quién me quita el enoblecer tambien á mi Colás? Hace mucho tiempo que junto dinero para comprarle una hacienda; la de Mamonville está de venta; se la compraré, y llevaré en el bolsillo la escritura. Callaré como un muerto, y el dia de la boda, á postre de comida, se la regalaré á mi nuera, y todos quedarán con-

tentísimos, porque el que sea dueño de esta tierra, se hace noble; y así no tendrán motivo alguno para despreciar á mi hijo.

El buen padre compró la hacienda que tenia en arriendo, recogió la escritura, montó en una de sus mulas cargada de algunos quesos de su pais, y se encaminó á la Corte. Dexémosle caminar, y volvamos á su hijo que ignoraba la supercheria de su malicioso primo.

Acercábase el dia de la boda; y solo faltaba que Labrin visitase á Juanon para concluir el meditado proyecto, quando todo lo trastornó un incidente. La víspera del

dia que Labrin habia de ponerse en camino, el Baron, su hija, y Florival habian ido á ver á una tia de Rosalia que vivia á algunas leguas de París. Estaba Labrin en casa del suegro con algunos criados de éste, quando un buen aldeano, en una mula cargada de cestas, se presentó á la puerta, y dixo á uno de aquellos: — ¿Vive aquí el Baron de Saint-Chal? — Sí señor. — Quisiera hablar á Mr. Florival: (sabia este nombre por el primo). — No está en casa. — yo necesito hablarle. — Hablad á su criado: allí en el patio preguntad por Labrin. — Muy bien. Desmontó Juanon,

y ató la mula junto á la escalera; luego preguntó por Labrin al mismo que lo era; y éste le dixo: — ¿Qué quereis, buen hombre? — ¿ Florival?.. — Ha salido. — ¿Volverá? — Sí; pero esta noche... — Que vuelva quando quiera; le esperaré. — ¿Pues qué se os ofrece? — Vengo á hallarme en su boda. —— ¿ En su boda? — Sí señor; ¿ y qué? para eso soy su padre. —— ¡Su padre!

Labrin quedó confundido. Por dicha estaba solo con Juanon, y nadie les habia oido; pero sin embargo todo quedaba descompuesto con esta novedad, habiendo venido el padre de su amo, aldeano rústico y

torpe. ¿ Qué haria Labrin ? — se valió del último remedio, aunque criminoso.

Fingió mucha complacencia de ver al padre de su amo, y le dixo : ¡ ah señor ! ¡ con quánta impaciencia os esperábamos ! ¡ qué alegría para todos ! permitid que os abraze. — Con mucho gusto : mi hijo se quedará aturdido de verme : ¿ no es verdad ? — ¿ Pues no ha de ser? pero esta no es su casa, sino del señor Baron. — Ya estoy. — Mi amo vive en otra : venid conmigo á su habitacion, y estareis allí como en vuestra misma casa. Todas las noches se retira muy

tarde : y yo no le diré vuestra llegada para que tengais el gusto de veros repentinamente : tendreis toda la noche para descansar ; y mañana os presentará mi amo á su nueva familia. Esto es mas decente en mi concepto : ¿ qué os parece? —— Creo que tienes razon.

Labrin ayudó al anciano á desatar la mula : Juanon la llevaba del freno, y siguió al criado, que le hizo atravesar todo París para llevarle á la habitacion que habia ocupado Florival ántes de conocer al Baron , y en la qual ya no residia, aunque conservaba su posesion. Era en la Estrapada , junto á las aulas ó

escuelas del Derecho ; y se reducia á un cuerpo de habitacion muy corta , exîstente en el fondo de un jardin. Allí llevó Labrin al respetable padre de su señor , y le dixo : perdonadme si os dexo solo, porque tengo que hacer una diligencia muy importante que me ha encargado mi amo ; volveré dentro de una ó dos horas, y cuidaré de que disfruteis quantas comodidades sean posibles.

Fuese Labrin ; y Juanon que se veia acosado del hambre y la sed, pasó todo el dia sin volver á verle. durante su ausencia exâminó el viejo los muebles del quarto, pero co-

mo hacia bastante tiempo que no se habitaba, estaban cubiertos de polvo, las camas deshechas, y todo desordenado. No sabia el buen viejo que inferir de esto, y su inquietud se aumentaba, notando que se acercaba la noche. En fin, se le presentó Florival acompañado de Labrin; y el tierno padre olvidando su hambre, su sed y sus fatigas, se arrojó á los brazos de este hijo tan querido; y sin advertir que estaba pálido y con cierta especie de inquietud, Juanon le estrechaba á su corazon, y vertia sobre él algunas lágrimas, dulces efectos de la paternal ternura.

Pero, amigos mios, advierto que sin saber cómo me extendido demasiado; y la noche, que se va acercando, me manda que atienda al arreglo de las cosas de mi granja. Perdonad que no pueda concluir la historia principiada, pues en otra ocasion os diré lo que resta.

Palemon, que conoció quan sensible era á sus hijos esta interupcion, dixo al labrador: hoy no nos esperabais, y hemos venido á que partieseis con nosotros la comida; mañana os esperamos en nuestra casa, donde procurarémos trataros tan bien como mereceis; y concluireis la historia, que os aseguro me

interesa mucho. Aceptó el labrador el convite de Palemon, quien volvió á casa con sus hijos, contentísimos con la satisfaccion que habian de experimentar al dia siguiente con el fin de la historia de Juanon.

TARDE XXV.

EL ARREPENTIMIENTO.

Fin de la historia de Juanon y su hijo.

El labrador cumplió su palabra viniendo á comer á casa de Palemon. Despues se sentó entre los muchachos en el terrazo, y continuó de esta manera la relacion que el dia anterior habia dexado interrumpida.

,,Dexé; amigos mios, á Jua-

non con su hijo en el quarto de este último, en la Estrapada. Lloraba el buen padre, estrechando entre sus brazos al ingrato hijo, y diciéndole: ¿eres tú? ¿eres tú, Colás mio? ¡qué bizarro, qué alto, qué buen mozo estás! — ¡Padre mio! — ¿Pero por qué no me vuelves á abrazar? — Con mucho gusto, padre; pero... —¿Qué tienes? — Mucha satisfaccion en veros. — Ya ves que soy hombre de palabra. — ¿De palabra? — ¿Pues, digo, no he venido á tiempo para asistir á tu boda? pero cuéntame cómo ha sido todo esto. — ¿Con que ya sabeis?... —

Todo, todo: el muchacho ha desempeñado bien su comision. ¿Qué muchacho? — ¡Buena pregunta! tu primo. — ¡Cómo! ¿él ha sido quién? ... — ¿Pues quién habia de ser? pero hablemos de tu matrimonio: ¿cómo has logrado una señorita tan linda, y un suegro de tan alta clase? — Señor, ya veo que mi primo ha procurado perjudicarme; conozco que os ha contado el artificio de que me he valido; y no sé cómo ha podido saberlo. — ¿Pero qué diablos dices? yo no te entiendo, y me parece que tienes atolondrada la cabeza. Me dixo que te casabas; que tu

muger, tu suegro y tú estabais deseosos de que yo viniera; y que solo esto faltaba para la ceremonia: ¿ha hecho mal en decirme todo esto? — ¿Y no os ha dicho mas? — ¿Pues habia mas que decirme? — Repito que mi primo ha querido perjudicarme; y no puedo engañaros mas largo tiempo. — ¡Ola, ola! — Perdonad; pero vuestra presencia ahora... — ¿Te enfada? — No; pero... — ¿Pero qué? — Yo no esperaba ... hubiera querido... — ¿Qué hubieras querido? — Que no hubieseis venido. Perdonad, padre mio; pero mi suegro es hombre tan encaprichado de su noble-

za.... yo no he tenido valor para decirle que soy hijo de un simple labrador. — ¿ Y por qué ? — Porque no me habria dado su hija, á la qual amo entrañablemente. — ¿Con qué has engañado á ese hombre ? ... — No sabe que mi padre es... — Un hombre honrado, que ha trabajado y todavia trabaja por la felicidad de un hijo ingrato. — Padre mio... — Colás, tú eres un soberbio, un desnaturalizado, y ya veo que... desprecias á tu padre. — Yo le amo y le respeto; pero... — Pero es forzoso que yo me vaya ¿no es esto ? ¿ quieres que yo te dexe engañar á un hom-

bre que te cree por lo ménos, hijo de un gran señor? ¿has sido capaz de mentir de este modo? — Ha sido necesario...— ¡Hijo ingrato! ¡despedazas mi corazon! — ¡Padre mio... — Ya no lo soy, tú me has negado; ya no eres hijo mio, sino un vanidoso á quien aborrezco. No volverás á verme. — No me haceis justicia. — ¿Para esto te traxe á París, y he gastado tanto para que fueses un hombre perfecto? ¿de qué sirven las letras que matan el amor de los hijos á los padres? Escuchad, padre mio: dándome una educacion superior á la vuestra, habeis

elevado mis sentimientos, obligándome por este medio á entrar en las preocupaciones vulgares. Son crueles, son injustísimas; pero reynan en la sociedad, y es preciso respetarlas si se desea adelantar. — ¿Y qué, para ser instruido, para tener educacion, es preciso ultrajar á la naturaleza? ¡por qué no te hice labrador! ¡por qué no puse el arado en tus manos desde que eras pequeñuelo! ahora no despreciarias á tu padre. — Pero señor, el mundo... la preocupacion... —— ¡La preocupacion! ¿qué significa esta palabra que tanto repites? ¿es algun empleo, ó

qué es? — Es un modo de pensar que... — ¿ Pero qué quiere decir esto? Mi modo de pensar siempre ha sido amar á mi hijo, y el modo de pensar de éste, debe ser siempre amarme, respetarme y preferirme á todos los modos de pensar de los demas. Pero no disfrutarás de tu mal corazon; yo veré á ese señor Baron; sí, le veré, y le diré, ¿ por qué me despreciais, caballero? estoy seguro de que me contestará que no me desprecia; y yo le añadiré: mi hijo es quien lo asegura. — ¡ Cielos! ¡ Ah padre mio! si me amais, si os interesais en mi suerte, os ruego que

no os presenteis en esa casa; si os ven en ella, quedo perdido y deshonrado.

Florival se arrojó á los pies de Juanon, le suplicó que se volviese á Mamonville hasta despues de celebrada su boda. Entónces, añadió, yo mismo os presentaré al Baron: vuestros muchos bienes, vuestra probidad, vuestro ayre respetable, todo le enternecerá y confirmará mi felicidad.

El buen labrador se enfurecia, no queria atender á razones, la improbidad de su hijo le sacaba de juicio; y le juró que iria á ver al Baron, que le manifes-

taria todo lo ocurrido, y le haria ver el infame artificio con que querian engañarle. Sí, sí, añadió, sabrá quién eres y quién soy; y si me desprecia, á lo ménos me serán sus desprecios ménos sensibles que los de un hijo desnaturalizado.

Florival se desesperaba de que sus súplicas y lágrimas fuesen inútiles para con su irritado padre. No sabia qué partido tomar, quando su criado Labrin le sacó de este apuro, exclamando: pues bien, si vuestro padre quiere ver al señor Baron, y quizá causaros la muerte, es muy dueño de hacerlo. Mañana le llevaré yo mismo

á la casa; pero por ahora no debemos pensar si no en proporcîonarle buena cena y mejor cama. — No por cierto, dixo Juanon, no quiero quedarme aquí; no permaneceré en casa de un hijo que me niega, y no es hombre honrado. Voy al instante á buscar un asilo, pues no faltan en París; pero yo buscaré á ese caballero tan vilmente engañado, le desengañaré, y luego me iré para nunca volver.

Florival hizo presente á su padre que era tarde, y que podia suspender su proyecto hasta el siguiente dia; y le rogó tanto, que

el buen hombre consintió en pasar aquella sola noche en el quarto en que se hallaba. Esto era lo que queria Labrin, quien le dió quanto era necesario, y salió con su amo dexando las puertas bien cerradas. Quando Juanon se vió encerrado no pudo contener el exceso de su dolor; se apoyó en una mesa, y empezó á derramar lágrimas amargas: ¡su mismo hijo le privaba de la libertad! ¡este hijo, á quien habia llenado de caricias y beneficios, y para quien habia comprado tan rica posesion! ¡este hijo quebrantaba todas las leyes de la virtud y de

la naturaleza ! ¿ qué designio , decia , será el de este bárbaro ? ¿qué pretende hacer con su padre? .... Juanon estaba resuelto á causar un alboroto , pidiendo auxîlio á voces por la ventana ; pero el cuerpo del edificio estaba separado en el fondo de un jardin , la noche estaba muy adelantada , y era muy expuesto alborotar á semejantes horas. Era , pues , necesario esperar al dia , y que alguno compareciese : pues no era de creer que el monstruo que le habia encarcelado extendiese su crueldad hasta el extremo de dexarle perecer de hambre.

Tales eran las tristes refle-xîones del buen labrador. Pasó la noche llorando la falta que habia cometido enviando á su hijo á París; y al punto que amaneció procuró por todos medios salir de su prision; pero no podia conseguirlo, á ménos que alguien viniese á socorrerle; y ¿quién habia de venir? además de eso sin llaves, ¿quién se habia de atrever?...

Incierto estaba su espíritu sobre el partido que debia tomar, quando oyó de pronto abrir varias puertas. Era Labrin, que llegó cargado de provisiones. Malvado,

le dixo Juanon, déxame salir, ó teme... Labrin no le respondió, dexó lo que habia traido, y se escapó cerrando de nuevo todas las puertas: con lo que el buen viejo quedó precisado á continuar en su encierro, siempre indeciso sobre clamar para que le socorriesen. A la tarde se tranquilizó un poco. Veamos, dixo para sí, en qué pára todo esto, pues no me han de tener aquí siempre como á un páxaro en la jaula; y luego que mi indigno hijo tenga la bondad de ponerne en libertad, conocerá el terrible castigo que le preparo, que será abandonarle y maldecirle como merece.

Labrin volvió á la mañana siguiente, y quedó atónito de ver tan sosegado á su prisionero; quiso disculparse, asegurándole que en breve aprobará los motivos de una conducta tan poco regular, y que su mismo hijo desaprueba, aunque se vé precisado á observarla. Juanon le correspondió con un gesto despreciativo, y el criado se fué, pero sin olvidarse de dexar cerradas las puertas.

¿Os estremeceis, hijos mios, al oir semejante atentado con un padre tan digno de mejor correspondencia? Pronto sabreis como el cielo supo castigarle. Hacia ya qua-



Huye de la vanidad
El detestable exercicio,
Sino por razon de vicio,
Por la de incomodidad;
En donde no hay realidad
¿Qué placer se experimenta?
¿Quien del ayre se alimenta?
Solo el vano, que en su abismo
Se da tormento á sí mismo,
Quando á todos atormenta.

Alex.r Blanc lo grab.



tro dias que Juanon estaba encerrado, y no pudiendo aguantar mas, una mañana abrió las ventanas que daban á un gran patio, y se resolvió á llamar á la primera persona que se presentase. Fué un anciano el primero que se ofreció á su vista, ¿sois padre, señor? le preguntó Juanon con tono desesperado. — Amigo mio, esa pregunta.... sí, padre soy. — ¿Teneis, como yo, un hijo ingrato, que desconoce y desprecia á su padre, y hace tantos dias que le tiene encerrado aquí? — ¿Qué decis? — Que estoy aquí preso, y que mi malvado hijo, es quien me

tiene así. — ¡ Justo Dios ! ¿Y cómo?... — ¡ Oh ! proporcionadme los medios de salir, lo sabreis todo, y compadecereis mis penas, si conoceis *lo* que es amor paternal.

El incógnito hizo nuevas preguntas á Juanon, el qual, con la sencillez de sus respuestas, le inspiró el mas vivo interes; pero entretanto que le hablaba, un criado que atravesaba el patio, le dixo con bastante viveza: ¿ cómo, señor, hablais con ese loco? — ¿ Loco? No tiene nada de eso. — Labrin nos ha dicho que ese aldeano tiene trastornada la cabeza,

y que no hagamos aprecio de lo que nos diga.

Estas palabras fuéron una mortal herida para el buen labrador, el qual suplicó al incógnito que se persuadiese á que le asistia la razon en todos sentidos. Este hombre sensible, pero que adivinaba una parte del horrible misterio, era justamente el dueño de la casa. Envió á buscar una escalera grande, la arrimó á la pared del quarto de Juanon, y subió por ella á dar la mano á éste, y facilitarle los medios de baxar. Juzgad quales serian los sentimientos del buen labrador. Se arrojó á los brazos de

su libertador, y le inundaba en lágrimas; éste le conduxo á su quarto; y allí Juanon le contó con toda individualidad lo que le pasaba. El incógnito se estremeció de horror, y le persuadió que al instante fuese á casa del Baron, á fin de que, si todavia era tiempo, no quedase engañado. Juanon, que estaba del mismo parecer, halló en un establo su mula, la cargó con las cestas que habia traido; y abrazando al hombre benéfico que á todo le habia ayudado, se encaminó á casa del Baron, cuyas señas, por fortuna, habia conservado. Dexémosle atravesar la ciu-

dad; y veamos qué habia hecho su culpable hijo en todo este tiempo.

Bien puede conocerse que el dia de la llegada de Juanon, Labrin estuvo acechando el momento en que su amo volviese del campo adonde habia ido con Rosalia y su padre, que le llamó aparte, y le participó tan inesperado suceso. Florival, aterrado con este golpe, aprobó el zelo y conducta de su criado, y dexó por un rato su compañía, para visitar á su padre que tan importunamente venia á destruir sus planes. Ya habeis visto como le habló; pero no

pudiendo obtener lo que pretendia, tomó consejo de Labrin, que fué tener al anciano encerrado, hasta que se verificase el matrimonio. Ambos pues volviéron á casa del Barón, é hiciéron todo lo posible para adelantar un enlace, despues del qual esperaba Florival desenojar á Juanon, presentándole al padre de Rosalia, y disculpándose con la ceguedad de su amor. El asunto se puso en disposicion de efectuar el casamiento al tercer dia; pero la tardanza de una tia de Rosalia, á quien se esperaba por momentos, lo suspendió. Esto desesperaba á Flori-

val ; aunque sentia crueles remordimientos por los disgustos que causaba á tan buen padre.

Llegó por fin la víspera del matrimonio : todo estaba dispuesto á placer de Florival ; y ya no tenia que esperar mas que un dia, durante el qual Labrin no perderia de vista ni un instante la prision en que ellos suponian á Juanon. Florival salió á comprar varias cosas indispensables : el Baron y su hija habian quedado solos , tratando sobre la felicidad que el próxîmo enlace preparaba á la vejez de un padre , y á la ternura de una hija enamorada de

su futuro esposo, quando entró un criado, y dixo al Baron, que un aldeano deseaba hablarle en secreto: mandó que entrase, y se presentó Juanon, quien le habló en estos términos.

,,Señor Baron, perdonad la molestia; pero el honor y la razon me obligan á visitaros. —— Sentaos, buen anciano. — ¡Oh señor! estoy muy bien así. — No lo permitiré: sentaos; vuestra edad exíge todo respeto... pero ¿suspirais? á vuestros ojos se asoman lágrimas: ¿qué teneis? ¿puedo serviros en alguna cosa? — En nada, señor: yo sí que vengo á

serviros, y evitar que cometais una necedad. — ¡Una necedad! ¿qué especie de necedad puedo cometer en edad tan abanzada?— Yo he cometido muchas en la mia, y soy mas viejo que vos; pero no perdamos tiempo: ¿se halla aquí Mr. Florival? — Ha salido.— Tanto mejor. — ¿Le conoceis? — ¿Si le conozco?... Parece que le casais con vuestra hija? — Mañana mismo: ¡oh! es un mozo muy honrado (*Juanon suspira*). — ¿Conoceis á su padre? — Nunca le he visto; pero sé que es un Oficial retirado, un... — ¿Oficial retirado? — Sí por cierto, y muy

rico, pues tiene una gran hacienda. — En esto no hay duda. — ¿Y en lo demas? — ¿Quién os ha informado de la clase del padre de Florival? — Su mismo hijo; fuera de que yo he visto sus cartas. — ¿Las cartas del padre de Florival? — Sí señor. — ¿Pero si no sabe escribir? — Entiendo lo que quereis decirme: ya sé que por la gota no puede usar de su mano derecha; pero su mayordomo escribe, y él dicta las cartas. — ¡La gota! ¡vive Dios!... ¡la gota! esa es una grandísima mentira; el padre de Florival está bueno y sano, y esto es lo que

siente su malvado hijo. — ¿Qué decis? — Que os han engañado; que el padre de vuestro futuro yerno es un simple labrador; que siempre ha cultivado la tierra; no hay duda en que es rico, pero no es noble, sino de clase humilde, y ha ignorado hasta ahora los artificios de que se valia su hijo para engañar á vuestra ilustre familia. — ¡Cielos! ¿estais seguro?... — Si lo dudais, sabed que yo soy Juanon, labrador de Mamonville, y padre de Florival. — ¿Vos?... ¿vos? ¿así me ha engañado? — Yo lo ignoraba todo; lo he sabido, y he veni-

do á París; pero mi perverso hijo me ha impedido el veros; él y su criado me han tenido encerrado quatro dias; esta mañana he podido escaparme, y he venido á impedir el casamiento, si todavia no se ha verificado. — Dexadme respirar, hombre de honor y de verdadera delicadeza; dexadme considerar en toda su extension la perfidia de un hombre á quien yo amaba, y tenia por sugeto de tanta probidad y franqueza, como lo soy yo mismo. ¡Cómo! ¿Se ha atrevido á burlarme, y á despedazar el corazon de su propio padre? —

¿Y vos habeis venido á avisarme?... ¡Ah! este modo de proceder me encanta, y anuncia una bella alma."

Durante algun rato quedó el Baron sumergido en sus reflexîones; luego hizo llamar á Rosalia, y la dixo: hija mia, es preciso que ya no pienses en una felicidad, de la qual no ha un momento que te formabas la imágen mas lisongera; es forzoso que olvides á Florival. —— Padre mio ... como... hoy... en vísperas de... —— En vísperas de causarte eternos disgustos: sí, hija mia; hoy estamos á tiempo de evitar la desgra-

cia: mañana ya no hubiera habido remedio. —¡Gran Dios! ¿pues qué ha dicho este anciano? — Que es el padre de Florival. — ¡El padre!... — Sí, vé aquí á su padre: no es aquel militar que suponia, decorado con tanta antigüedad de nobleza, sino un humilde labrador. — ¡Labrador! — Sí, hija mia; pero lleno de honradez y probidad, que equivale á las mayores distinciones. — Yo, dixo Juanon, estaba bien seguro de que no me despreciariais. — ¿Yo despreciaros, buen viejo? ¿y por qué? ¿envileceria yo en vos el carácter de hombre, en el que na-

da nos distinguimos? No, no soy yo de aquellos nobles deslumbrados con sus títulos, que miran como viles todas las profesiones á que no han sido llamados, ó que se avergonzarian de exercer. Aprecio la virtud mas que los dones de la casualidad: el hombre honrado nunca ha sido despreciable á mis ojos. — Padre mio ¿con que todavia puedo esperar?... — Nada: renuncia toda esperanza; este buen hombre aprobará mis razones. Yo estoy como una nave en el mar; destinado á experimentar toda especie de tempestades: es preciso que mi corazon se acostumbre á

sufrir el vicio, como á estimar la virtud. Las costumbres y usos de mis semejantes no pueden serme indiferentes, aunque las preocupaciones tiranicen la opinion; si quiero que la mia se sujete á la general, es indispensable que me someta á aquellas. Este labrador es un hombre apreciable; pero la humildad de su cuna, ó por mejor decir, las preocupaciones me indispondrian con toda mi familia, y con todos los que aprecian en alto grado la nobleza. Tal vez pasaria por este género de desigualdad, despreciando el orgullo del siglo, si Florival fuese un

hombre tan recto, franco y apreciable como su padre; pero un ente tan falso, un intrigante de tal especie, que se vale de un criado para engañar, tratando mi alianza como asunto de comedia, te haria desgraciada, y yo deseo tu felicidad. Le desprecio, y jamas será mi yerno. — Es verdad, padre, pero... — Abre los ojos, hija mia; escucha la voz de la razon; piensa con tanta seriedad como yo en tu fortuna, y abjurarás de tan funesta pasion. — Ya está extinguida, padre mio, ya miro á Florival como á un monstruo. — No le desprecio porque

tarle á Florival para que fuese mayor su confusion ; pero no quiso consentirlo Juanon , porque habia determinado no volver á ver á su culpable hijo , le abandonaba para siempre ; y al instante queria volver á su aldea , donde solo y entregado á su dolor habia de maldecir toda su vida el instante en que le ocurrió enviar á su hijo á París para que fuese un sábio.

Nada pudo contenerle : suplicó al Baron y su hija que aceptasen los regalillos que traia , y los recibieron por pura complacencia. Luego acompañáron al virtuoso labrador , que montando en

su mula y saludándolos, tomó el camino de su pais. En tanto que camina, vamos á ver como quedó humillado y confundido el presuntuoso novio.

Volviéron el Baron y su hija á su estancia, y estaban hablando con mucho sentimiento de la vergonzosa cautela que acababan de descubrir, quando entró Florival, rebosando satisfacciones y esperanzas, cargado de regalos para su prometida esposa. Sentaos, le dixo gravemente el Baron. — Estoy muy bien así: nadie se puede cansar en servir á la bella Rosalia. — ¿Con que os habeis tomado

el trabajo de comprar?... — Frioleras; pero confio que en adelante nada faltará á mi esposa, para sostener la brillantez de su clase. — ¿Pero qué clase esperais darla? — ¿Qué clase? ¿pues no os he dicho que pienso en comprar una plaza de Consejero? — ¿Para ennobleceros? — ¡Cómo! yo creo que os chanceais.— No por cierto. — Pues, señor, ¿no hemos hablado cien veces de estos asuntos? — Vuestro tono galante y ligero es sin duda muy amable; pero hoy me hallo con poca disposicion para divertirme.— En efecto, señor, ese ayre de

seriedad. . . . — Os anuncia la di-
lacion de vuestro casamiento. —
La dilacion. . . . — Sí, porque
he formado un proyecto que sin
duda aprobareis. Vuestro padre
permanece, segun me habeis di-
cho, en su casa; y pues no
puede venir á asistir á la boda,
iremos á celebrarla en su compa-
ñía y baxo sus auspicios. — ¿Có-
mo? . . . — Mañana nos pondremos
en camino. — Señor. . . . — Yo ce-
lebraré mucho el verle; y dos pa-
dres siempre se entienden mu-
cho mejor. — Pero. . . — Nos ayu-
daremos mutuamente para tolerar
los disgustos de la vejez. — Sí. . . —

Está enfermo, y necesitará sin duda de auxîlios. — ¿Permitis?...— ¡Qué placer tendreis en abrazarle! porque creo que le amais con mucha ternura: no es así? — Mi obligacion..... — Sí, sí; sois un excelente hijo: mañana sin falta partiremos. — Si no sois... — Pues qué, ¿os opondriais á tan racional idea? ¿parece que estais turbado? — Es verdad. — ¿Puede desagradaros este viage? — Pero, señor, ¿siempre ha de haber obstáculos que retarden mi felicidad? Casémonos mañana, y al dia siguiente iremos, si gustareis.... — No, no; yo quiero ver

á vuestro padre, y conocerle porque tambien, si no fuera hombre sociable con quien pudiese componerme.... — ¡Oh! no dudeis de que merecerá vuestra estimacion. — Yo lo creo; ¡será un hombre muy honrado! — Es la misma probidad. — ¿Pues por qué no le imitais? — ¡Cómo! señor...— Sí, ¿por qué no le imitais? ¿por qué tratais de engañar á una familia que os ha recibido en su seno? — No os entiendo. — Voy á explicarme. Vos nos habeis engañado; y el antiguo militar que ha hecho tantas campañas, este hombre impedido de la gota, y

en una palabra : vuestro padre acaba de salir de aquí. — ¡ Cielos! — Ha mudado nombre y clase ; y ahora es humilde labrador de Mamonville. — ¡ Soy perdido ! — Nosotros le debemos la fortuna de conoceros, y de evitar la alianza con el hombre mas pérfido y el hijo mas ingrato (*Florival se arroja á los pies del Baron*). — ¡ Ah señor ! ya conozco que lo sabeis todo, y que me aborreceis entrambos. — No por cierto ; os despreciamos, y esto es lo único que debeis esperar de nosotros eternamente — El amor... — Muda de nombre y de carácter quan-

do ofende á la naturaleza y la probidad. — Temia que no me hubieseis dado á Rosalia sí. . . — Muy mal me habeis conocido; pero sobre todo me engañabais para satisfaceros. — Dignaos de escucharme: todavia hay tiempo para reparar mi falta: mi padre es muy rico, y yo puedo. . . — Nada, señor mio; y nada teneis que esperar. Nunca sereis esposo de mi hija; en dos palabras, os haré conocer que nos hariais desgraciados. Sois amigo falso, y mal hijo; y así nunca seriais buen marido, ni buen padre. — Pero tanto rigor. . . . — Ven hija

mia, huyamos de este hombre tan peligroso. A Dios, señor; y espero que esta sea la vez última que usted se nos presente á nuestros ojos.

El Baron irritado entró con su hija á otro quarto, y Florival permaneció por algunos instantes aterrado del golpe que acababa de recibir. En fin, se levantó enfurecido, y al salir encontró á Labrin asustado que le dixo: señor, se ha escapado.... — Demasiado lo sé.

Los dos volvieron al alojamiento que habia servido de cárcel á tan buen padre. Florival, desesperado, formaba mil proyectos que

se destruian sucesivamente por sí mismos. En fin, al cabo de algunos dias volvió la naturaleza á hacerse sentir con eficacia en su corazon: se arrepintió de lo que habia hecho con su padre, y para empezar á vengarse, despidió á Labrin, á quien acusaba de la mayor parte de su crímen. Solo, y entregado á sí mismo, ¿qué haría? ¿Iría á echarse á los pies del virtuoso labrador? Sí: decia, bañaré con lágrimas sus plantas, le pediré un generoso perdon: y espero que le obtendré, porque mi padre me ama ciegamente. Una sola falta no podia haberme enage-

nado el corazon de un padre que me llenaba de beneficios, y que sin duda estará dispuesto á abrirme sus paternales brazos.

Apoyado en esta esperanza tomó un caballo, y resolvió ir á Mamonville. ¡Qué agitado estaba durante su viage! ¡Y cómo latía su corazon á medida que se acercaba á la granja, á esta granja que no habia visto en tantos años. En fin, la descubrió, y se detuvo á pensar lo que debia de hacer y decir. Perdió el color, titubeaba, las fuerzas le abandonaban, y estuvo para volverse; pero al cabo se resolvió á entrar. Muchos mozos de

labranza trabajaban en el corral, les dixo que queria hablar á Juanon; y uno de ellos, sin cononcerle, le conduxo á la presencia de este respctable anciano, que quedó atónito al reconocer á su hijo. Arrojarse á sus pies, deshacerse en lágrimas, y protéstar su arrepentimiento, fué para Florival negocio de un momento. Juanon le dexó á sus pies sin permitirle levantarse, le miró con frialdad, y le oyó quanto sugeria á sus labios la efusion momentánea de su alma: pero quando acabó de disculparse cargando la culpa á Labrin, ó por me-

jor decir, de confesarse culpable de la mas negra ingratitud, levantó los ojos hácia los de su padre, y quedó confuso de su severidad y silencio: ¿no me respondeis, le dixo, padre mio?

La respuesta de Juanon fué tomarle de la mano, salir con él hasta fuera de la puerta principal, detenerse delante de ella, y mostrarle con el dedo la inscripcion que habeis leido, y ha excitado vuestra curiosidad. ¿Qué quiere decir esto, padre mio, preguntó Florival? —— Esto, señor mio, quiere decir, que yo habia comprado

toda esta posesion en vuestro nombre; que llevé conmigo la escritura para regalárosla el dia de vuestra boda; que he vuelto á traermela sin hablar de ello á vos ni al señor Baron; y que nunca sereis dueño de mis bienes. — ¡ Cielos !. . . — Bien conoceis que sois digno de un severo castigo, por haber ultrajado á un padre que solo trataba de vuestra felicidad. A Dios para siempre; y no vuelvas á verme, pues te abandono, te deshéredo, y te prometo todo el ódio que merecen los hijos desnaturalizados é ingratos, y los hombres que tanto degeneran

de la virtud de sus padres.

Dicho esto, el anciano entró en su casa; y aunque Florival quiso seguirle, su padre mandó á los criados que le arrojasen como á un extraño. Cinco ó seis mozos se apoderaron de Florival, le sacaron con confusion, y le prometieron el mismo tratamiento, si otra vez se atreviera á presentarse.

Florival salió confundido y desesperado de haber malogrado, por su infame intriga, un casamiento que podia haber contraido por medio de la rectitud y honradez; y una herencia tan quan-

tiosa como la de su padre.

Este hijo criminal volvió á París, donde se mantuvo largo tiempo. Al fin, su pesar le causó una enfermedad, de la qual murió llamando á grandes voces á su padre, cuya maldicion le perseguia; y dexando un terrible exemplo á los hijos ingratos que se atreven á negar, despreciar y despedazar los corazones de sus padres. Juanon, en sus últimos años, casó con la hija de un pobre amigo suyo, y la dexó toda su fortuna, la qual entre sus manos se hizo patrimonio de los pobres. Se vendió la hacienda de Mamon-

ville, y quedó la inscripcion que recuerda el suceso de Juanon y su hijo. El viajante curioso pregunta su orígen: se le refieren, y esta narracion es una leccion útil que enseña á respetar á un buen padre, y á observar todas las virtudes de la naturaleza.

Calló el labrador; y los muchachos, penetrados del interes que les habia inspirado la historia de Juanon, prometiéron no olvidarla jamás. Sobre todos Armando quedó mas conmovido, porque el suceso conformaba perfectamente con los consejos que su padre le habia dado el dia ante-

rior sobre el destino que queria tomar. Conoció tambien la fuerza de las razones que Palemon le habia expuesto ; y se propuso no contradecirle jamás acerca de un objeto , del qual dependia su dicha , la de su anciano padre , y cuyas conseqüencias podian ser tan funestas. Advirtió Palemon la emocion que experimentaba su hijo mayor , y se alegró del feliz efecto de los exemplos que siempre sabia aplicar á sus lecciones. Vivia persuadido á que este medio era el mas seguro para hablar mejor al corazon y al espíritu de sus jóvenes discípulos ; y hasta aho-

ra se ha visto que no se ha separado un punto de su plan de instruccion práctica.

TARDE XXVI.

LA HOSPITALIDAD.

Madama Dumon.

Se habia restablecido enteramente Palemon, y renacia en la granja el contento. Crecian los muchachos en talentos y virtudes; y las fuertes lecciones anteriores habian mudado en gran manera su corazon é ilustrado su juicio. Sin embargo, de quando en quando se notaba la diversidad de sus caractéres, como se verá

despues; pero eran en la actualidad mas dóciles, mas sumisos y mas sensibles. Bien lo conocia Palemon, y estaba muy satisfecho. Véanse aquí, decia para sí, los felices efectos de la educacion que doy á mis hijos. Padres de familia, aprovechad mi exemplo; vuestras sábias advertencias, vuestras multiplicadas reprehensiones, y la repeticion de castigos no hacen sino alejar de vosotros los corazones de vuestros hijos; les haceis fastidiosa la moral, y que sientan demasiado el yugo del poder paterno; los asustais, y sois á sus ojos unos rígidos preceptores. Los

mios me miran como á un tierno padre y un buen amigo; buscan mi conversacion, porque mis discursos nunca son severos; no pueden pasar sin verme, porque mis miradas son siempre dulces é indulgentes: yo nada les digo. La virtud es siempre recompensada, y el vicio castigado; les doy las pruebas de esta verdad, y para apoyarla, me sirvo de extraños, atendiendo á que la moral puesta en accion en la boca de un extraño, hace mucho mayor impresion en los muchachos, que todas las advertencias de un preceptor, y los consejos de un pa-

dre ; mas se les imprimen los exemplos que tienen á la vista, que quantas máxîmas de sabiduría se les dictan con gravedad. Así es como yo disfruto de su ternura, y quando los abrazo, siento que palpitan de amor sus corazones. Padres de familia, imitadme, y se-reis felices con las inocentes criaturas que os deben el ser.

Tales eran los agradables pensamientos que ocupaban continuamente á Palemon. Atendia sin descanso á la educacion de sus hijos, y cada dia encontraba nuevos motivos de satisfaccion. Su infatigable vigilancia los seguia

tanto en sus diversiones como en sus estudios ; y en todas ocasiones encontraba medios de estudiar su carácter , conocer las pasiones que ya les agitaban , corregir sus defectos , y desarrollar en ellos el germen de las virtudes que descubrian. Todo servia de materia á su reflexîon ; y nada se escondia á su vigilancia y penetracion.

¡ Quántas veces se divertia con ellos como un niño ! Esgrimia el florete con el mayor ; jugaba al volante con Adela , seguia á Benito jugando al marro, y quando se dexaba coger , todo

era gritos y palmadas de alegría, que le causaban el mayor alborozo. Siempre acompañaba á Julio en la pesca, y leía ó hacia versos con el ingenioso Leon. Así es como se prestaba á sus placeres y gustos particulares, distribuyendo el empleo de sus horas; y quando no concurria á las diversiones, eran mucho ménos vivas y alhagüeñas. ¡ A ! ¡qué feliz es un padre que logra hacerse tan necesario en todo á sus hijos!

Desde la disension de Benito y Adela, que tan cara les habia salido, vivian los muchachos con la

mayor armonía. Sin embargo la jóven Adela, que era un poco mas vana que los demas, y tenia decidida inclinacion á dominar, estuvo á pique de suscitar una diferencia, y por consiguiente de dar nuevos motivos de inquietud al virtuoso padre.

Era una mañana: el tiempo estaba apacible, el orizonte despejado, y los muchachos habian determinado ir á almorzar á un bosquecillo contenido dentro de la huerta. Vé aquí que cada qual llegó con un gran pedazo de pan, dispuestos á despojar uno ó dos de los cerezos que crecian

en este sitio. Adela vió que Armando, Benito y Leon se subian á un árbol, les suplicó que la echasen algunas cerezas, y Benito la respondió: no tenemos tiempo para eso; haz como nosotros. — ¿Puedo yo hacerlo? No tengo disposicion para tanto. — Pues bien; tanto peor para tí.

Julio, el galante Julio, para quien eran leyes inviolables los menores deseos de su querida, subió á otro cerezo, diciendo á Benito: á la verdad que eres muy poco complaciente: los hombres deben ceder á los justos deseos de

las damas. — ¡De las damas! sí: ¡de las damas como ésta! — Como otra qualquiera, replicó Adela, encendida de cólera: ¡miren que cortesia! si llego á casarme no haya miedo de que dé mi mano á un hombre tan grosero como tú. — ¿Qué dice la señorita? — Que si continuas de esta manera, siempre serás un bárbaro. — Yo te aseguro que si baxo del árbol...

Julio, para interrumpir el calor de la disputa, dirigió á Adela esta pregunta: ¿cómo quieres que sea tu marido? — Quiero que sea dulce, complaciente, y que

si tengo caprichos, se someta á ellos; y en una palabra: quiero gobernarle, y que no me gobierne. Si quiero ir al bayle, á la comedia, ó á qualquiera parte, no me ha de contradecir, y se ha de sujetar á mi voluntad, sin replicar ni una palabra. —¡Bravo! dixo Benito; será preciso estar siempre á los pies de madama, como á los de un ídolo.— Pues qué, ¿no lo merezco?— Calla, que eres una altanera y nada mas.

Nuevamente iba á encenderse la disputa, y nuevamente la terminó Julio, diciendo algunas li-

sonjas á Adela, y olvidando su almuerzo para atender al de ésta; pero la presencia de Palemon, que sobrevino, restableció la paz en todos. El anciano, que lo habia todo oido, no presentó nube alguna sobre su venerable frente, vió á sus quatro hijos encaramados sobre quatro cerezos, se sonrió, pidió cerezas, que le echaron todos á competencia, se sentó al lado de Adela, y almorzó tranquilamente con su interesante familia; ¡ pintura encantadora que arrebata á una alma sensible mas que los mas bellos espectáculos y los mas brillantes concursos!

Acabado el frugal almuerzo, cada qual entró en la granja á emplearse en sus acostumbrados exercicios. Palemon en su quarto, meditaba sobre lo que habia oido decir á Adela, Eran pequeñeces que no harian impresion en qualquiera otro padre; pero Palemon las consideraba como de mucha conseqüencia. Habia oido á su hija hablar de *caprichos, gobernar á su marido*, y otras expresiones que indicaban un genio dominante; y aunque conocia el búen fondo de su carácter, no queria que alimentase estas ideas. Tenia Adela mucha ternura y un corazon excelente, pero era un poco

altiva, y se complacía en mandar y reprender á sus hermanos. Si estos defectos se arraigáran en su alma, haria, sin duda, desgraciado al que la asociase á su destino. Por perfectos que sean los muchachos, no dexan de ser muchachos, es decir: tienen defectos que deben corregirse para que despues no degeneren en vicios. Así pensaba Palemon: su hija necesitaba de un exemplo, y él trataba de presentársele sin hablarla palabra sobre los despropósitos que habia proferido. Muchas veces lo que no merece una reprehension, exîge una leccion disimulada, cuya apli-

cacion indirecta, produce mas efecto que las reprehensiones, quando el sugeto á quien se dirige tiene buenos sentimientos.

Los Muchachos se habian ocupado toda la mañana en sus exercicios ordinarios, y cerca de la tarde Adela y Julio, paseándose junto al bosque en que se habian desayunado, oyéron cantar cerca de ellos. No conocian de quien podia ser la voz; y les ocurrió si habria venido algun forastero á visitar á Palemon miéntras ellos estaban ocupados. Iban á informarse, pero les detuvo el eco de la voz, que acompañada

de una vihuela, cantaba el siguiente romance.

En tanto que en este bosque
cantan alegres las aves,
voy á mezclar con sus voces
mis sentimientos amantes.
Cantaré á mi bien amada
que debe en breves instantes
coronando mi esperanza
dar fin á tantos pesares.
Repetid, repetid ecos
mis acentos agradables.
Mis enamoradas ansias
mereciéron sus piedades,
mis penas la enterneciéron
y la ablandáron mis males.
Pronto la plácida antorcha

de Himenéo ha de alumbrarme;
¿pronto dixe? ¡ay! por mas pronto
que sea, será muy tarde.
Repetid, repetid ecos
mis acentos agradables.
Vivir baxo eterno lazo,
¡qué delicia tan suave
para dos almas que tienen
conformes las voluntades!
Recibe, querida esposa,
en mi voz el homenage
de un amor que hasta la muerte
permanecerá constante.
Repetid, repetid ecos
mis acentos agradables.

Adela y Julio quedáron encantados de la gracia con que el in-

cógnito habia cantado este romance; le descubriéron, se le acercáron; pero él mostrándose como algo sentido de que le hubiesen escuchado, les dixo: ¿sois por ventura hijos del virtuoso agricultor que tan generosamente me ha hospedado?—Sí señor, respondió Adela, y tenemos otros tres hermanos. —Sí se os parecen, serán ciertamente muy amables.— Mil gracias por el favor; ¿pero cómo es qué?.. —¿Os admirais de verme aquí? A la verdad no he tenido el honor de veros quando he entrado en la granja; pero sabed que ahora ha poco, á muy cor-

ta distancia , mi silla de posta, que gobernaba yo mismo , se ha volcado y roto por mi mal manejo. Vuestro padre advirtiendo mi caida , voló á socorrerme y me ha ofrecido un asilo en su casa, hasta tanto que mi silla se componga. He aceptado su favor, y me paseo aquí esperando á que acabe ciertos negocios que le han ocurrido ; y el placer de meditar me ha enagenado tanto , que no he hecho reparo en que la noche se acerca : y así volvamos juntos , si os parece á casa de vuestro padre , pues aumentará mi felicidad vuestra compañía.

Siguió el forastero á Julio y Adela, y llegáron á la granja al tiempo preciso en que el anciano con los demas hijos estaba ya en el terrazo. Palemon le presentó á su familia, repitiendo lo que ya Adela y Julio sabian, añadiendo: un caminante en tal urgencia, me obliga á ofrecerle mi casa y todo mi obsequio: y me lisonjeo de que no se ausentará pronto, porque los trabajadores que están componiendo su silla, me han asegurado que necesitan, quando ménos, todo un dia para ponerla en buena disposicion. Tal vez esta tardanza será desagradable á nuestro

huésped ; pero nos esforzaremos todos para divertirle. —— En vuestra compañía, respondió cortesmente el forastero, es muy fácil olvidar tan ligero accidente. —— Sino es demasiada indiscrecion, espero saber vuestro nombre, y él objeto de vuestro viage. —— Os daré en esta parte, y con mucho gusto mio, completa satisfaccion. Aunque mis sucesos son poco interesantes, pero estan complicados con otros, que me parece gustareis de oirlos ; y aun me atrevo á decir que su relacion puede ser útil á estos niños, ofreciéndoles un objeto mo-

ral, una leccion, que sin duda no nesesitarán; pero que nunca está demas el repertirla para la felicidad y aprovechamiento de los hombres y de la sociedad. Prestadme la mayor atencion.

Eugenia, hija de uu comerciante rico, era una muchacha llena de orgullo y presuncion. Desde sus primeros años mostraba repugnancia á las virtudes domésticas, y su gusto dominante era el placer. Desde la niñez se advierte el germen de los vicios y virtudes que tendremos en la edad madura; y el carácter empieza

á desenvolverse desde que podemos entregarnos al juego ó al estudio. Era, pues, Eugenia altiva y presuntuosa; y hasta sus mismos padres no se libraban de ser objeto de sus caprichos y su espíritu de dominacion. Su padre, que no habia tenido vigor para dominarla, era el que mas padecia, y procuró casarla luego que tuvo la edad conveniente. Entre varios que solicitáron su mano, Dumon obtuvo la preferencia, por ser un jóven honrado, complaciente, tierno y de mucho ingenio. Habia visto á Eugenia, y su hermosura le inflamó tanto, que sin dete-

nerse á estudiar su carácter, se casó con ella.

Luego que Dumon se vió casado advirtió la cadena que arrastraba, y su insoportable peso. Hizo quanto pudo para que su muger conociese y corrigiera sus defectos; pero fuéron mal recibidos sus consejos. Decia Madama Dumon, que no se habia casado para ser esclava, y se precipitó en el abismo de toda especie de distracciones. Esta muger inconstante y disipada, continuamente estaba metida en bayles, juegos, espectáculos &c. Rara vez volvia á su casa antes de las dos ó

tres de la mañana. Rodeada siempre de un millon de gentes entregadas como ella á la disipacion, olvidaba los cuidados domésticos, abandonándolos al de su infeliz esposo; y quando este la reprehendia, exclamaba llorando, que su marido carecia de ternura y complacencia para con ella, que era un tirano, que se habia casado con ella solo por tener una esclava mas, y que no era posible hallar muger mas desventurada.

Sufria Dumon, y callaba. Para mayor tormento suyo, Madama Dumon dió á luz una hija, á

la qual su madre al instante alejó de su seno, contra el deseo y principios de su esposo. La inocente criatura fué entregada á una leche mercenaria, y despues pasó á poder de maestros desconocidos y alejados. Esta muger no amaba á su marido, y por consiguiente no podia querer á sus hijos. Dumon desesperado de haber contrahido un enlace tan fatal, se resolvió á tomar un partido muy sério. Exâminó el estado de su fortuna; y despues de reducir á dinero lo poco que de ella le quedaba, hizo llamar á su gabinete á su indigna esposa, y con mucha seriedad

la dixo de este modo : señora, quando me casé, creí hallar en vos una compañera dócil, amable y tierna, con quien pudiese comunicar mis trabajos y mis placeres; pero la experiencia me ha desengañado cruelísimamente, pues en vez de una amiga dulce, en quien habria puesto todo mi corazon, he hallado en vos una muger ligera, inconseqüente, altiva é imperiosa, que se ha entregado á todo género de disipacion, sin calcular sus facultades ni las ideas de su esposo. Siendo muger de un simple negociante habeis recibido en vuestra casa unas gentes, que son, en

vuestro concepto, de la mas alta clase; pero estas os han trastornado la cabeza, y habeis abandonado aun las sagradas obligaciones de la maternidad. En una palabra, habeis creido que vuestro esposo debia obedeceros ciegamente, contra el órden social que siempre ha exîgido y exîge que la muger sea dirigida por su marido, el qual, así como tiene sobre sí todo el peso de la casa, debe tambien tener su gobierno. En fin, me habeis hecho infeliz hasta ahora, y no quiero sufrir mas largo tiempo. He ordenado la division de nuestros

bienes comunes; y aquí está vuestro dote, disponed de él como gustareis. Yo os dexo, y voy á América para ver si puedo aumentar el miserable fondo que acabo de realizar. Sin duda permaneceré allí muchos años; pero volveré despues á reunirme con una muger que he amado, si la edad y la experiencia hubieren rectificado su juicio é ilustrado su espíritu. No creais que os abandono para siempre; os escribiré con freqüencia, y volveré luego que la fortuna me permita reparar las enormes pérdidas que me han causado vuestras locuras, y

colocar á mi hija como la corresponde. Tal es mi irrevocable resolucion, de la que nada podrá apartarme.

Atónita Madama Dumon de semejante proyecto, se encolerizó; pero su marido la dexó; y despues de encargarla muy seriamente la buena educacion de su hija, se puso en camino á la mañana siguiente. Ya se vió árbitra de sí misma esta muger que tanto amaba la independencia; ya podia dar rienda á todos sus caprichos. Al principio se resintió un poco de la determinacion de su marido; pero pronto se con-

soló arrojándose mas que nunca á la disipacion. Recibia en su casa á las gentes de ménos juicio; todo era bayles, convites y juegos, que apénas tenian la mas leve intermision; y en una palabra, Madama Dumon desperdició bien pronto quanto su marido la habia dexado; pero al cabo de tres años, se vió arruinada, abandonada de sus falsos amigos, y reducida á la mayor pobreza. Por fortuna su marido, en su última carta, la decia que prosperaba en su comercio, y que no tardaria en volver cargado de riquezas, que pondrian á su dispo-

sicion si la encontraba digna de su aprecio. Madama Dumon conoció ya el vacio que la rodeaba; traxo á su hija; se entregó á los dulces cuidados de la maternidad; y deseaba con ansia el momento de abrazar á un esposo á quien reconocia haber ofendido, y cuya ausencia era para ella un manantial inagotable de amargos remordimientos. Un dia...

No prosiguió el desconocido, suponiendo estar muy cansado, y ofreció al auditorio continuar su relacion al otro dia. Palemon le dixo que en su casa nadie debia molestarse. Esperare-

mos pues, como este y sus hijos, á que llegue otra tarde, y sabremos lo restante de la historia de Dumon.

TARDE XXVII.

LA HUMILDAD.

Leccion para los maridos.

El forastero, despues de haber visitado en la mañana del siguiente dia las posesiones del virtuoso padre de la familia, al caer la tarde fué con todos al terrazo; y sentándose en medio de los muchachos, continuó así su relacion.

Os dixe ayer que Madama

Dumon se habia hecho juiciosa despues de la ausencia de su marido. El mal estado de su fortuna, y la ingratitud de los que ántes creia amigos, habian cambiado su carácter. Siempre habia conservado su altivez é inclinacion á las concurrencias; pero carecia de medios para lucir. Dumon la escribia que estaba riquísimo, y ella le contestaba que volviese quanto ántes, pues ya era digna de su corazon, y se esforzaria para hacerle enteramente feliz. Tal vez su conversion no era muy sincéra, y acaso se lisongeaba de que los muchos bienes que poseia

su marido la pondrian en estado de volver á su antiguo lucimiento. Ya hacia dos años que se habian agotado sus recursos ; vivia retirada , y aun se aplicó seriamente á la educacion de su hija: prueba de que todavía podia conciliarse la comun estimacion. Por dicha , en medio de todos los lazos de la seduccion , habia conservado puro su honor. Dumon, aunque tan alejado de su esposa, por medio de un antiguo criado que habia dexado con ella al tiempo de su ausencia , sabia individualmente quanto la pasaba. Este tierno esposo , compadecido del

estado fatal de su muger, habia consentido en volver á su compañía: y en la última carta la decia que iba á recoger todos sus bienes para volver quanto ántes á verla. Esta feliz noticia la reanimó; pero viendo que habian pasado despues tres meses, y que no parecia, empezaba á impacientarse, quando la sucedió un caso muy particular.

Hallábase una tarde sola con su hija en un campo de las cercanías de París; la noche se acercaba, y por tanto se apresuraba para volver quanto ántes á la ciudad, quando se la acercó un po-

bre y la pidió limosna. Ella, sin mirarle, le dió una moneda; el mendigo inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, y fué siguiéndola. Advirtiólo Madama Dumon, y le mandó que se apartase; pero el pobre continuó en su seguimiento. Atónita y aun asustada de tal audacia, dobló el paso, esperando encontrar alguna persona que la sirviese de resguardo; pero el mendigo se la acercó tanto, que la cogió la mano, y se arrojó á sus pies. Ella dió un grito, y él la dixo con dulzura: ingrata, ¿es posible que me desconozcas? Madama Du-

mon le miró con cuidado, y reconoció á su esposo cubierto de andrajos, y en el estado de la mas deplorable miseria. ¡Es posible! exclamó: ¿eres tú Dumon, ó estoy soñando? —— No amada esposa, demasiado, es verdad lo que miras: véme aquí arruinado, perdido, y en la situacion mas lastimosa. —— ¿Pero cómo?... —— La desgracia y la imprudencia me han conducido á este punto. Yo habia juntado mucho dinero y géneros preciosos en América: todo lo embarqué en un navío que naufragó. A favor de una tabla salí á una cer-

cana costa, cuyos habitantes me proporcionáron medios para llegar á Francia; habia conservado conmigo algunas alhajas que vendí para poder llegar á París; y en el camino me han robado. Acabo de llegar en tan miserable estado, fatigado de la hambre y cansancio. Hasta ahora no habia pedido limosna; pero no he comido desde ayer. Te he conocido quando estabas paseándote, y me he valido del medio que has visto para descubrirme á tí, darte una idea de mi situacion, y escusarte en quanto fuese posible el sobresalto. En fin te veo, y es-

pero que me recomendarás á alguno de aquellos ricos amigos con quienes tenias sociedad, y supongo que la tendrás todavía, á fin de que me proporcionen algun arbitrio para mi subsistencia. —— ¡Ah! ¿qué es lo que dices? esos amigos de quienes me hablas, y que tanto tiempo me tuvieron engañada, son unos viles, unos ingratos y traidores, que me han arruinado enteramente: estoy tan miserable como tú. —— Pues será forzoso que de nuevo nos separemos... —— ¡Separarnos! eso no, nunca lo consentiré. Si hubieses conservado tus bienes, los habrias

partido conmigo: ¿no es así? — ¿Puedes dudarlo? — Pues bien; yo debo participar de tus penas, y ayudarte á sufrirlas. Los dos estamos miserables; pero unamos nuestros esfuerzos para resistir al infortunio, y procuremos del modo posible dulcificar nuestra suerte. Desde hoy comienza verdaderamente la reforma de mis costumbres; y dexémonos de mútuas reconvenciones que no servirian sino para hacer mayor nuestra desgracia. Huyamos del tumulto y corrupcion de las ciudades, trabajemos en qualquiera otra parte para vivir y educar esta ino-

cente criatura, hija tuya, á quien ántes inspiré ideas de orgullo y vanidad, que yo misma me esforzaré á destruir. Ven á mis brazos Dumon, y nunca volvamos á separarnos.

Mucho enterneciéron á Dumon las expresiones de Eugenia. Llegáron á su casa, donde halló algunos simples vestidos que habia usado en otro tiempo, y ahora le fuéron de mucha utilidad. Eugenia, á quien este repentino golpe habia dado mas ánimo y mas juicio, propuso á su marido que vendiesen los pocos efectos que les quedaban; él se con-

formó con esta resolucion; y verificada, los dos se retiraron á una pobre choza de un pueblecillo cercano á una ciudad, compráron una vaca, y fiaron sú subsistencia al producto de este benéfico animal. Ya tenemos á Eugenia convertida en simple aldeana; ya no la adornaban encages, plumas y demas frivolidades del luxo; pero recibia mayor realce su hermosura, pues una blanca toca cubria, como al descuido, sus rubios cabellos: un modesto corpiño daba mucha mas elegancia y soltura á su gallardo cuerpo: y en una palabra, estaba mucho mas apreciable

que ántes. Ya no tenia mas pretension que la de complacer á su esposo, quien la habia vuelto toda su estimacion ; y en tanto que éste cultivaba una pequeña huertecilla que habia formado por sí mismo en un berial abandonado , iba ella á vender leche á la próxîma ciudad. Volvia despues á participar de una frugalísima comida , que ella misma preparaba ; y por la tarde instruía á su hija en los principios de la virtud , la enseñaba las habilidades y labores que sabia , y entre los brazos de esta niña y los de su esposo , olvidaba las vicisitudes de la fortuna, cuya ojeriza habia



De una culpa consequencia
Para otra culpa no hagas,
Que con la costumbre apagas
La antorcha de la prudencia:
Escucha de la conciencia
El inevitable acento,
Hijo del remordimiento
Que, clamando en tu interior,
Dice que el crimen mayor
Borra el arrepentimiento.

Alex. Blanco ...

experimentado. Aun digo mas: estaba contentísima con su nuevo estado, y en su idea le prefería al tumulto de las vanidades humanas, que tanto tiempo la habian seducido. Disfrutaba pacificamente las delicias de la ternura conyugal y del amor materno; vivia feliz, y no se acordaba de su anterior estado si no para llorar sus pasados delirios.

Dichosos moradores de los campos, ¡ quán envidiable es vuestra suerte! Costumbres sencillas, placeres inocentes, satisfacciones hijas de la naturaleza, todo, todo contribuye á haceros felices. ¡ Ah!

no envidieis la suerte de los qúe habitan las ciudades, pues rara vez disfrutan de los dos grandes bienes que poseeis vosotros, y son la paz del dia y la tranquilidad de la noche.

Casi un año habia pasado desde que Eugenia se habia entregado á los placeres rústicos: y ni un suspiro, ni una queja habia salido de sus labios ni de su corazon. Enteramente aplicada á sus ocupaciones, no percibia otros placeres que los del alma; su esposo y su hija eran para ella toda la naturaleza; dulce, buena, sensibie y complaciente, se hacia ado-

rar de todas las gentes de su clase, que sabian sus desgracias, y la ayudaban en todas sus necesidades.

Vivia pacifica, sin conocer la ambicion; pero sin embargo, no carecia de alguna inquietud. Su esposo estaba ausente dias enteros; y quando le preguntaba qué asuntos le separaban tanto de su compañía, él se disculpaba con su génio pensador que le inclinaba á paseos solitarios, ó con la precision de visitar á algunos amigos, y por último, la abrazaba estrechamente para calmar su inquietud. No era Eugenia zelosa, ni se

creia con motivo para estos funestísimos cuidados, por lo qual no sabia á que atribuir la conducta de su marido; y para no afligirle reprimía su curiosidad. La confianza, la dulzura, la delicadeza, todas las virtudes habian entrado en su corazon.

Un dia Dumon no volvia; ella le esperó, aunque en vano, para cenar, y pasó la noche entera en la mas violenta inquietud. Amaneció el siguiente dia; se pasó la mañana y todavia no volvia su marido. Entregada á su desesperacion hacía mil proyectos; salió con su hija y recorría los bos-

ques y los prados en busca de su esposo, quando se la presentó un labrador y la entregó un villete de parte de Dumon. Le abrió precipitadamente y leyó las siguientes palabras.

Trae á tu hija ; seguid entrambos al portador y me hallareis.

Atónita Eugenia, cumplió la órden de su esposo ; hacía mil preguntas al conductor ; pero la contestaba que unicamente tenia órden de no decir nada : ¿ qué significa decia, éste misterio ? ¿ se me prepara alguna nueva desgracia ? En todo caso confió la llave de su pobre albergue á una buena vecina;

tomó á su hija de la mano, y siguió al labrador, que se obstinó en guardar el mas profundo silencio. A la entrada de un camino hallaron una silla de posta que les esperaba. Eugenia subió á ella temblando: y despues de haber caminado mas de cinco horas, paró la silla á la puerta de un soberbio castillo, cuyo Conserje, acompañado de otros dependientes, se la inclinó con el mas profundo respeto; el mas anciano la dixo: aquí es donde está vuestro esposo; y dicho esto la dió la mano para subir por una magnífica escalera. Pasó por muchas estancias hasta llegar á

un soberbio salon; pero se hallaba tan agitada, que no podia proseguir, y á no sostenarla se habria desmayado.

Finalmente, se la presentó un caballero ricamente vestido; le miró Eugenia, reconoció á Dumon; y arrojándose á sus brazos exclamó: ¡ esposo mio! Ven, la dixo Dumon, reclinándola en un camapé, ven muger virtuosa quanto arrepentida; ven á gozar de un destino que te preparan el amor y la fortuna. Estás en tu casa; quanto ves, y mucho mas es tuyo; y de todo puedes disponer á tu arbitrio, como tambien de un esposo tierno y res-

petüoso, que te suplica le perdones el engaño en que te ha mantenido. La experiencia que te he hecho sufrir, te ha vuelto al seno de la virtud, y ambos quedamos muy bien recompensados.

No sabia Eugenia si velaba ó soñaba, y exclamó ¡ cómo ! este castillo, estos muebles, el parque que he visto, y tantos criados ¿son tuyos? —— No sino tuyos, Eugenia mia. Yo traxe de la América muchas riquezas; pero hablando ingenuamente, desconfiaba de tí; temia tu ligereza, é hice esta reflexîon : ella ha disipado su patrimonio en locuras y estravagan-

cias ; tambien disipará mi caudal por grande que sea. Entónces me ocurrió la idea de presentarme á tus ojos en trage de mendigo ; y durante nuestra morada en la pobre cabaña, un amigo de confianza manejaba mis asuntos, compraba en mi nombre varias propiedades, no necesitaba yo mas que ir á firmar de quando en quando, y este era el motivo de mis freqüentes ausencias. Por fin, la mudanza de tu corazon y costumbres me ha parecido tan sólida, que no he querido engañarte por mas tiempo. Sí, esposa mia, somos ricos. Además de este castillo y sus



tierras adyacentes tienes dos casas muy buenas en la ciudad, y otras grandes y utilísimas propiedades que te haré conocer. Toma al instante posesion de tus dominios; sin que de tu rústico estado conserves otra cosa que las virtudes que has practicado en todo este año.

Apenas acabó de hablar Dumon, quando se presentáron dos camareras, que traian unos vestidos sencillos, pero mucho mejores que los que cubrian á Eugenia, para que se los pusiese. Se sirvió una buena comida, y la tarde se pasó en explicaciones y exàmen de todas las estancias del castillo.

¿ Quién podrá explicar la alegría de Madama Dumon ? Amigo mio, decia fuera de sí á su esposo , ¡ qué mutacion ! ¡ qué feliz soy ! ¡ qué esposo tau noble es el mio ! Nunca olvidaré unos procedimientos tan finos y delicados, y procuraré siempre merecerlos. Cumplió su palabra , pues desde este punto fué un precioso modelo de ternura conyugal y virtudes domesticas. Como sabia lo que es el campo amaba á las gentes que le cultivan. Quiso vivir en su castillo para no estar léjos de su querida cabaña ; é hizo felices á todas las buenas gentes de aque-

llos contornos. Su hija ha crecido sin apartarse de su vista, y es un compendio de perfecciones. Con ella voy á casarme, sí amigos mios. Como hijo de un amigo de Mr. Dumon, he tenido la dicha de agradar á su hija, y obtener de sus padres el necesario consentimiento para nuestra union. Mi silla se ha roto en el camino y el virtuoso Palemon me ha ofrecido la hospitalidad; y mañana iré á casa de Mr. y Madama Dumon, donde la amistad, el amor y el himeneo deben fijar mi felicidad para siempre. Mucho celebraré que os haya inte-

resado la historia de Eugenia, lá qual cuenta sus sucesos con la mayor franqueza, confesando sencillamente sus defectos. Su hija tiene en ella una viva leccion de moral para arreglar su conducta con el esposo que se la prepara. Ved si seré feliz con una jóven tan bella y virtuosa, y que ha tenido tan buenos exemplos á su vista

Mucho placer causó á nuestros muchachos la relacion del forastero, y Adela se propuso refrenar su amor propio con el mayor cuidado. Al dia siguiente se despidió el forastero de Pa-

lemon ; y la familia de éste se entregó á sus acostumbrados exercicios.

TARDE XXVIII.

LA PROBIDAD.

Historia de la buena familia de Aubernia.

Acababa de pasarse el mas riguroso invierno, cuya estacion habia entretenido Palemon encerrado en su granja, enmedio de sus cinco hijos, á quienes poco á poco iba instruyendo en las buenas costumbres, y en las gracias y habilidades que dan el mayor realce á la juventud. Dos años

mas (1) habian influido mucho sobre su constitucion física, pero no habian sazonado igualmente su juicio, ni les habian quitado aquel carácter de infancia y sencillez que tanto agracia á los jóvenes. Armando tenia diez y siete años.

(1) Bien se dexa conocer que el autor da un terrible salto en el órden cronológico de esta obrita; pero de ella misma se infiere que lo hace por adelantar la edad de los muchachos, y proporcionar á ella su instruccion. Además de esto, es de advertir que entre la publicacion de los tomos anteriores y la de éste pasó igual espacio de tiempo.

Adela diez y seis; Benito quince; Leon catorce; y Julio, su hermano adoptivo, diez y seis. Ya eran grandes, pero vuelvo á decir que su carácter aun no estaba formado, y necesitaban por largo tiempo de las sábias lecciones de su padre.

El calor vivificante del sol llamaba á los labradores á los trabajos útiles del campo; y las nieves y los hielos habian desaparecido al aspecto de la primavera. Mucho alegraba este tiempo á los hijos de Palemon, que se acordaban de las deliciosas tardes que solian pasar adelante de su pacífi-

ca habitacion. Su padre, durante el invierno, les habia prometido volver á renovarlas apénas el tiempo lo permitiese: ya habia llegado esta proporcion: los muchachos reconvenian á Palemon con su palabra, y convino en cumplirla.

Anunció pues una mañana á su familia, que á la tarde habria reunion en el terrazo, y que no dexaría de llevar el libro grande, donde ya se habia leido la historia del buen Gerardo y su amigo Dulis. En él buscarémos, les dixo, alguna historia moral, pero divertida, que nos entretenga al paso que nos instruya.

Los muchachos hicieron mil extremos de alegría, volvieron á sus respectivos estudios, y suspiraban por la llegada de la tarde, que debia ser principio de sus antiguas satisfacciones. Entretanto llegó la hora de comer, y Palemon parecia en la mesa taciturno y como penetrado de alguna oculta inquietud. Suspiraba, no podia tomar alimento; y los muchachos que advertian su alteracion, respetaban su dolor, y sin atreverse á preguntarle la causa, se revistieron de una seriedad muy conforme á la melancolía de su padre. Parecia que el disgus-

to que oprimia á éste, habia pasado á sus tiernos corazones. Suspiraban tambien, y levantaban hácia los de Palemon sus lagrimosos ojos, pero los fixaban en el suelo apénas los miraba él aun sin cuidado. Se miraban y temian ser argüidos de indiscretos si aventuraban la mas leve pregunta; y al fin, su padre les habló en estos términos.

Hijos mios, os habia prometido emplear una gran parte de la tarde en alguna lectura agradable; pero no puedo cumpliros la palabra, ni podré haceros compañía. Procurad divertiros útil-

mente, que yo quiero quedarme solo en mi quarto, y entregarme enteramente á mis tristes reflexîones.

Armando se arriesgó á decirle: ¿ pero qué es lo que teneis, padre mio? ¿ os ha sucedido alguna desgracia repentina? Esta mañana, y aun ahora poco, estabais tranquilo, y brillaba la alegría en vuestro rostro; ¿ pues qué es lo que teneis? Nadie ha venido que haya podido daros alguna mala noticia. — ¿ Nadie, hijo mio? ¿ pues el mayoral no me ha traido una carta? — Es verdad, no me acordaba, yo mis-

mo os la he entregado; ¿ pero qué contiene esta carta fatal que, á haberlo sabido, no os la habria entregado?... — Hijo mio, perdono tu imprudencia por consideracion al motivo que la ocasiona; pero ¡ substraer una carta á su padre! ¡ qué horror! — Perdonad, porque si yo... — Basta: acabo, hijos mios, de recibir una noticia desagradable que debo comunicaros; y aun tendré satisfaccion en saber vuestro parecer acerca del modo con que tengo de proceder en este asunto: atended.

Soy hijo de un labrador de pocas conveniencias, del qual y

de mi madre quedé privado quando, sobre poco mas ó ménos, tenia la misma edad que Armando. Recogí mi corta herencia; pero no me bastaba para comprar una granja, y ponerme á la cabeza de una casa: ¿qué habia de hacer en tales circunstancias? Sin duda habria trabajado toda mi vida para otros, á no haberme enviado el cielo como á Pedro Desviñes, el padre de los tres herederos cuya historia habeis leido, un bienhechor, un segundo padre.

Un dia, solo en el bosque, reclinado sobre un árbol, estaba pensando en mi fatal situacion...

pero debo preveniros, que ya amaba yo á vuestra madre, soltera entónces, cuyo padre se hallaba aun mas indigente que yo, por lo que no podia verificarse nuestro enlace. Este dia pues que lamentaba yo en el campo mis desgracias, un caminante que pasaba á caballo junto á mí, se detuvo á mirarme. Absorto y todo entregado á mis tristes pensamientos, no hice reparo en él hasta que habiendo desmontado se me acercó y dándome un golpe sobre el hombro, me dixo: ¿Qué teneis, amigo? lo profundo de vuestra melancolía ha llamado

mi atencion ; he conocido en vuestros suspiros vuestra pena, por eso me he acercado; y quisiera saber como siendo tan jóven, teneis ya motivos para los dolorosos sentimientos que indican vuestras lágrimas. —— Nada me pregunteis, señor, le respondí: no podeis vos interesaros en mi pena, y mucho ménos remediarla. —— ¿Y por qué no? ¿qué sabeis vos si tengo intencion, y medios para haceros dichoso? á no ser que un amor desesperado.... pero en vuestra edad no es regular ... sin embargo, si esto fuese, aun se podria.... —— Si se-

señor, yo amo, y no puedo alcanzar el objeto de mi ternura. — ¿La jóven ama á otro? — No señor; ántes bien corresponde á mi cariño. — ¡Ya! ¿con que vuestro padre será el que?... — No señor; soy un miserable huérfano. — ¿Luego el padre de ella es el que se opone? — Sí por cierto: ¡es un hombre tan codicioso! sobre no dar nada á su hija, quiere que el que fuere su yerno tenga mucha hacienda. — Y vos ¿nada teneis? — Muy poco. — ¿Y quánto dinero nenesitais para este efecto?

A esta pregunta miré con cu-

riosidad al pasagero, como para preguntarle, si su intencion era burlarse de mi desgracia: pues yo estaba muy léjos de pensar que pudiese ofrecerme la menor suma de dinero. Entónces me dixo, ¿por qué me mirais así? ¿tengo yo traza de insultar á los desgraciados? Quando os pregunto, qué necesitais para obtener la mano de vuestra querida, ¿creeis que es para engañaros; ó para daros aquí mismo neciamente el dinero, sin informarme ántes de si mereceis esta fineza? Amigo mio, confianza: yo la exîjo; y nadie ha dexado de tenerla conmigo.

El tono áspero con que pronunció estas razones, me intimidó; conocí entónces que habia podido ofender la delicadeza de este hombre; y sin responderle me levanté como para retirarme; pero él me dixo: ¿vivis en esa aldea que se descubre desde aquí? — Sí señor, le respondí.

Yo caminaba, y el hombre me seguia, llevando su caballo del freno. Llegamos al pueblo sin habernos hablado una palabra, y á su entrada, me preguntó cómo me llamaba. Yo no tenia motivo para ocultarle mi nombre;

por otra parte me inspiraba una oculta estimacion ; y por tanto le dixe : yo me llamo Palemon , y aquella humilde choza es mi albergue.

Dexóme ; y por espacio de algunos dias no volví á verle ; pero una mañana que iba á salir á mi ordinario trabajo , me dixéron que me esperaban en casa del Notario del pueblo inmediato. No sabiendo que podia querer de mí el Notario, dudé un rato en ir á verle ; pero al fin me resolví á hacerlo , y quedé atónito al hallarle acompañado de mi desconocido , el qual, corriendo hácia mí , me dió un es-

trecho abrazo, diciéndome: me he informado de vuestras qualidades, y sé que por ellas sois generalmente estimado en esta comarca. Hallándome gravemente enfermo, hice voto de dotar, si sanaba, un matrimonio virtuoso: y no puedo desempeñar esta obligacion mejor que ofreciéndoos veinte mil libras, que hacen la quarta parte de mis bienes... ¡Cómo, señor? — Sí, amigo mio: yo me veia á las puertas de la muerte, prometí á Dios lo que he dicho; y vos sereis el objeto de mi promesa. El padre de Justina, á quien ya he hablado, vendrá luego con su hi-

ja, y yo haré vuestra felicidad, comprando para vos la granja de los tres olmos, y casándoos con la que amais.

Aturdido de tan inopinado suceso, quedé sin poder pronunciar palabra, y casi estaba sin sentido entre los brazos de mi bienhechor quando compareció Justina, acompañada de su padre, el qual al momento me dió el título de yerno y de amigo. El Notario extendió nuestro contrato, y tambien la escritura de adquisicion de la granja, que es esta misma que yo he aumentado despues considerablemente; y el fo-

rastero que se llamaba Mr. Delacour, se despidió de nosotros, despues de haberlo pagado todo; sin querer decirnos su estado, ni su residencia, para evitar, segun dixo, nuestro agradecimiento, del qual nos dispensaba, por no haber hecho mas que cumplir con su obligacion.

¿No es este, hijos mios, un hombre raro? muy pocos de estos se hallan en el mundo; pero los hay. En fin, vuestra madre y yo no volvimos á saber de él, á pesar de las muchas diligencias que hicimos para ello; y yo permaneceria aun en la misma ignoran-

cia, á no ser por la carta que he recibido y me pone en la mayor consternacion. Oid su contexto, y juzgareis si tengo razon.

Muy señor mio. = Mi desgraciado amigo Delacour acaba de verse reducido á la mayor indigencia, por la quiebra fraudulenta de un corresponsal. Creo que no habreis olvidado al hombre generoso que hizo vuestro matrimonio dotandoos en veinte mil libras. Este pues se halla actualmente muy anciano, agoviado de achaques, y con cinco hijos que todavia no estan en disposicion de poder socorrerle. Toda esta familia se halla confundida en el

seno del dolor. No debo deciros mas sabiendo como sé la mucha delicadeza de vuestros sentimientos. Venid á verme, y dispondremos juntos los medios mas propios para el alivio de este amigo, á quien yo nada puedo dar por la estrechez en que me hallo. El no sabe que os escribo, pues si he descubierto vuestra habitacion y la conducta de mi amigo para con vos, ha sido solo registrando sus papeles para exâminar si le quedaba algun recurso; pero ninguno otro tiene. Una nota que he hallado de lo que os dió me ha instruido de todo, y he mirado vuestro agradecimiento

(pues no puede faltar en un hombre tan honrado) como el único recurso de este infeliz. París &c.

Bertier : *Comerciante en la calle de Harley : n.º 30.*

Me parece, hijos mios, que en semejante caso tengo obligacion de volver á Mr. Delacour las veinte mil libras que me dió. — No hay duda en ello, exclamó al instante el joven Leon, á quien su padre, sonriéndose, dixo: muy bien debia yo esperar que este fuese tu dictámen. Los artistas y literatos generalmente son desinteresados; pero reflexîona, hijo mio, que yo no tengo esa cantidad, y que no-

puedo proporcionármela si no vendiendo esta granja, que yo pensaba dexaros.—Es preciso venderla, padre mio dixo Adela; las deudas de la gratitud son sagradas.—Poco á poco, contestó Benito, porque ántes es preciso exâminar si esto es ó no deuda.—Deuda es, dixo Julio, que no perdia ocasion de hacerle la corte á Adela; sí, Benito, ¿no és un dinero adelantado?

BENITO.

Dado.

ADELA.

Prestado.

LEON.

Para con un hombre como mi

padre, es un dinero puesto á ganancia.

JULIO.

Adelantado, dado, prestado, todas son palabras que quieren decir aqui una misma cosa: porque en fin, Mr. Delacour no debia esta suma á mi padre; y todo lo que se recibe por puro regalo, se queda á deber.

BENITO.

Pues qué, ¿un hombre no puede hacer lo que quiere de su dinero? si lo hubiera enterrado, ¿se habria podido servir de él?

LEON.

La tierra le hubiera sido mas

agradecida que tú, pues se lo habria vuelto

BENITO.

¡Es un buen modo de responder! Leon, yo no quiero decir...

ARMANDO.

Todos disputais; unos, porque no consultais sino vuestro corazon; otros, porque mas racionales, calculais un justo interes y la extension de las obligaciones que se contraen en la vida. Si mi padre me lo permite, diré libremente mi parecer.

PALEMON.

Habla francamente, hijo mio.

ARMANDO.

Pues, señor, vos no buscasteis á este hombre tan digno de estimacion; nada le pedísteis; él os ofreció, y aun en cierto modo, os precisó á aceptar en virtud de la legitimidad del motivo con que procedia; él habia hecho un voto, y le cumplió en beneficio vuestro. No habeis pues contrahido deuda alguna, porque apénas hizo el voto ya aquellos bienes no le pertenecian, y eran patrimonio de aquel indigente á cuyas manos habian de pasar; y en sustancia los que os dió Mr. Delacour eran bienes vues-

tros. Si os hubiese dicho, quando me halle necesitado os los pediré, y vos hubierais prometido entregarlos, tendriais en el dia que desprenderos de todos; pero no fué asi, nada prometisteis, ni creo que os hubierais atrevido á prometer una restitucion que la incertidumbre de los sucesos futuros podria hacer imposible. ¿El contrato de adquisicion de vuestra granja contiene alguna cláusula de adelantamiento, préstamo, ó cosa semejante de Mr. Delacour? ¿os obliga á alguna restitucion? no por cierto: luego en razon y conciencia á nada estais obligado

sino al agradecimiento; y así debereis enviarle los socorros que pudiereis, sin arruinar vuestra hacienda. Esta es mi opinion, que someto á vuestras luces y prudencia.

BENITO.

Esto sí que es hablar, y sin decir cosas picantes: ¿lo oyes, Leon?

LEON *meneando la cabeza.*

Ya lo oigo; pero todo eso me parece mas especioso que verdadero.

PALEMON.

Habla pues, explicate mas claro.

LEON.

Temo desagradar á mi hermano Armando.

ARMANDO.

No, amigo mio, por nada me resentiré.

PALEMON.

En el exâmen de un asunto, cada qual tiene libertad para decir su dictámen; y así dime qué es lo que hallas mas especioso que verdadero en el parecer de tu hermano.

LEON.

Atended: dice Armando que porque Mr. Delacour hizo el voto, no eran ya suyas las veinte

mil libras, pero por eso; ¿ eran vuestras? y quando procurasteis saber la residencia de este hombre generoso, ¿ no era con la esperanza íntima de poder volverle algun dia lo que os habia dado? con que sin duda conociais que esta suma en rigor no era vuestra: y así el volvérsela me parece un acto de justicia: ¿No os casasteis con este dinero? ¿ no habeis triplicado con él vuestra hacienda? luego tantas obligaciones empeñan á la restitucion. Los que piensan de otro modo no conocen la delicadeza, ni piensan que ante el Criador deben responder de todos

los defectos de providad y reconocimiento; y que la ingratitud es el mas vil de quantos vicios caben en el corazon humano.

PALEMON *sonriéndose.*

¡Mucho se inflama nuestro jóven poeta! pero no piensa que para restituir es forzoso que yo me deshaga de esta granja que amo, que fué mi asilo nupcial, cuna de mis hijos, quienes debian transmitirla á los suyos, como su antiguo paternal albergue. Si no puedo acabar en ella mis dias, conozco que el dolor adelantará mi muerte.

BENITO.

¿Lo oís, señor Leon?

ARMANDO.

Conservadla, padre mio.

ADELA.

Tomad prestado sobre ella; porque es preciso restituir.

PALEMON.

¡Pasaba en ella dias tan felices! me complacia en perfeccionarla; todos estos árboles yo mismo los he plantado.

ADELA, JULIA Y LEON.

Pero debeis veinte mil libras.

PALEMON.

Yo me decia á mí mismo: quando la muerte haya descompuesto

mi ser, junto á la cuna de mis hijos se colocará mi sepulcro. Allí, baxo aquellos empinados álamos, en las orillas de aquel arroyo coronado de sauces, elevarán un monumento á la piedad filial; gravarán en él mi nombre, y en cierto modo, me hallaré todavia presente en el lugar donde instruí su juventud: ¿y he de privarme de tan dulce esperanza?

ADELA.

Pero ¡aquel anciano, padre mio, aquel anciano pobre!

JULIO.

Se halla enfermo, y es muy digno de compasion.

LEON.

Tiene hijos, cuya herencia está en vuestro poder

BENITO.

Nada tienen aquí que reclamar.

ARMANDO.

Se les puede auxîliar sin arruinarse.

PALEMON.

Mucho me alegro, hijos mios, de la franqueza con que os habeís explicado, pues ella muestra la confianza con que me tratais. Voy á reflexîonar la conducta que debo observar; y correspondiendo á vuestra ternura, os participaré mi

resolucion. Esta tarde os reunireis en el terrazo.

ARMANDO.

Pues qué, ¿ no estareis con nosotros ?

PALEMON.

Sí, sí, iré un poco, procurarémos distraernos; y tal vez enmedio de vosotros olvidaré por un rato este nuevo cuidado.

Todos á competencia abrazáron á su padre, y luego cada uno se retiró á su respectiva tarea. Palemon se cerró en su quarto, donde reflexîonó sobre la experiencia que habia hecho del modo de pensar de cada uno de sus hijos; y se

propuso dar una nueva leccion á aquellos cuya opinion no le habia gustado. Pronto veremos entre la de Armando y la de Leon á qual dió la preferencia.

Hácia la tarde los muchachos se retiráron, y se preguntáron recíprocamente si alguno de ellos habia visto á Palemon. No ha salido todavia de su quarto, se respondiéron unos á otros. Se miraban inquietos, y no podian entregarse á sus juegos acostumbrados. Iban á pasar una tarde enfadosa si Dios no lo remediaba. Por dicha se les presentó la buena Marcela con un hombre muy bien vestido, que

daba el brazo á una jóven hermosa aunque un poco soleada, la qual traia un niño en sus brazos. Armando preguntó á Marcela, quiénes eran aquellas gentes; y ésta les respondió unos caminantes perdidos y cansados: no vemos aquí otra cosa: ya no falta si no poner una muestra sobre la puerta para que sepan todos que es posada comun. Poco á poco Marcela, dixo Leon: sabed que la hospitalidad se convierte en insulto quando no se franquea con buena voluntad. Nada digais á mi padre, porque está ahora ocupado, y verá á nuestros húespedes quando baxe; lo que im-

porta es que les traigais algun refresco, y les dispongais quarto.

Marcela se retiró, diciendo entre dientes: ¡ola! ¡qué tono toma ya este niño! Armando convidó á los caminantes á sentarse enmedio de sus hermanos, la jóven Adela tomó en su regazo al niño para descansar á la madre, que parecia muy fatigada, y Armando preguntó al hombre: ¿venis de léjos? —— De Aubernia: hace doce dias que salí de allí con mi esposa y el niño. No habiendo podido alcanzar el coche público en la ciudad inmediata, nos hemos resuelto á ir á pie hasta el primer pue-

bio en que mañana debe salir otro carruage, pero nos hemos extraviado en el bosque; y sabiendo que todavia tenemos que atravesar otro, viendo acercarse la noche, nos hemos tomado la libertad de llamar á vuestra casa, para pedir albergue á vuestro padre.

Y os le concederá gustoso, dixo Leon, y nosotros tambien; porque es una obligacion que nos complacemos todos en cumplir.—— Ménos vuestra ama de gobierno. —— Es verdad; pero no se le hace caso: á veces es insufrible; algun dia tengo de hacer una sátira contra ella. —— ¿Una sátira? ¡ola!

¿con qué haceis versos? (*Benito responde*) Sí señor, hace versos, ha dado en esa manía ; nosotros tambien los hariamos, pero no queremos ridiculizarnos. — ¡ Ridiculizarse ¡ contestó atónito el forastero ¿ á la poesía llamais ridiculez ? pues yo no tengo vergüenza de confesar que yo tambien algunas veces incurro en esa ridiculez. — ¿ Con qué haceis versos ? repuso Leon, lazando una terrible mirada á Benito. — Algunas veces los hago, amigo mio; pero no es este mi mayor talento: mi profesion es la pintura. — ¡O qué bello arte ! ¿ y venis de

Aubernia ? ¿ tambien se pinta en este país ? —— Como en todos los demas ; y puedo deciros que pintando las bellezas naturales, que abundan en esta comarca, encontré en ella á mi querida esposa: sí, amada María, á mis pínceles debo tu posesion.

Entónces los muchachos rogáron al forastero que miéntras venia su padre les contase como se habia hecho su casamiento por medio de la pintura. Convino el forastero pero habiendo venido Marcela con algunos refrescos, la esposa del pintor, pidió licencia para retirarse, al quarto que la estaba destina-

do, á fin de dar de mamar á su niño y componerle. Salió pues con Marcela: y los muchachos rodearon al pintor, el qual comenzó su historia en estos términos.

HISTORIA DE LA BUENA FAMILIA DE AUBERNIA.

Nací en París. Mi padre, que se llamaba Vertpré Dermevil, no tenia mas hijos, y hacia muchos años que se hallaba viudo. Despues de haber traficado largo tiempo, dexó esta ocupacion, en que adquirió no poca riqueza; pero creyendo no haber hecho bastante para establecer á su hijo, se dedicó al cambio de letras. Me daba una lucida educacion; la música, la esgrima, el bayle y el dibujo ocupaban los ratos ociosos

que me permitia el estudio de las humanidades que seguia en una casa de pensionistas. Adelantaba bastante en todo ; pero mi carácter melancólico , mi admiracion en órden á las maravillas de la naturaleza, y mi inclinacion á la soledad me decidiéron por la pintura , á la qual me entregué exclusivamente. No podia sospechar que un arte que cultivaba por gusto , habia de ser algun dia mi único recurso para subsistir ; pero de estas cosas suceden muchas en el mundo.

Tenia yo veinte años , y no trataba sino de pintar y hacer versos;

que eran mis dos inclinaciones dominantes. No pensaba en tomar destino alguno, ni mi padre me habia hablado de ello jámas; ántes bien, alucinado con mis progresos, no trataba sino de estimularme á continuar mis ocupaciones. Le observé que hacia mucho tiempo que estaba muy triste y pensativo; conocí que le dominaba algun grave cuidado; y un dia me atreví á preguntarle qué era lo que le afligia; pero la respuesta que me dió fué el derramar algunas lágrimas, dexarme y encerrarse en su gabinete. Creí que aumentaria su afliccion con nuevas

preguntas, y por respeto reprimí mi curiosidad. Mis inclinaciones sedentarias muchas veces me hacian pasar dias y noches enteras pintando ó leyendo. Una, entre otras, que yo estaba embebido en las poesías de *Osian*, oí mucho ruido en el gabinete de mi padre, cuyas ventanas estaban enfrente de las mias. Nada podia ver, por estar echadas las cortinas; pero la luz se movia continuamente; se oia el ruido de abrir y cerrar gabetas, de rasgar papeles, y el eco de algunas voces, como de quien se queja amargamente. Asustóme su estado, me acerqué á la

puerta de su quarto, llamé dándome á conocer, pero no me respondió: con lo qual me retiré, resuelto á madrugar para hablarle; pero la fatiga y el desvelo de algunas noches que habia perdido, me sepultáron en tan profundo sueño, que no me desperté hasta las nueve de la mañana, á cuya hora sentí que llamaban á la puerta de mi estancia.

Abrí y entró Contois, criado de toda nuestra confianza. Parecia agitado de alguna grave inquietud, traia un villete en la mano, y me le alargó diciéndome: leed ese papel y seguidme; abaxo

tengo dispuestos dos caballos ; no hay que perder ni un momento. Tomé temblando el villete, que decia así.

" Varias quiebras fraudulentas, hijo mio , son causa de la mia. Me veo perdido, y te confundo en mi ruina. Sigue á Contois, quien te traerá adonde me hallo.,,

Quise volver á leer el villete pero me lo estorbó Contois, diciéndome : vamos, señor, que ya estan allí... — ¿Quiénes? — Los esbirros, los escribanos, los diablos, ¿ qué se yo ? toda la caterva de ministros infernales. —— ¿ Pero adónde vamos ? ¿ dónde está mi pa-

dre ? —— Muy léjos de aquí , però le alcanzáremos.

No me dexó el criado tomar otra cosa que las poesías de *Osian*, cuyo libro tenia abierto sobre la mesa ; baxamos , tomamos los caballos , y partimos á toda prisa. En efecto , no teniamos que perder tiempo , pues desde léjos oimos las voces de alguaciles y gentes de esta clase , que venian á cercar la casa , y gritaban que nos prendiesen.

Corrimos noche y dia tanto quanto pudiéron aguantar los caballos , y no nos detuvimos hasta Moulin en el Borbonés , donde

Contois me dixo que hallaria á mí padre en casa de Mr. Dequeville, que le tenia oculto. Dexo á vuestra consideracion qual seria la pena de padre é hijo al vernos en semejante estado. ¡Ay! ¡mi pobre padre estaba en una cama y en los postreros instantes de su vida! no habia podido resistir al infortunio, al sonrojo y á la ignominia de que regularmente queda cubierto el que hace quiebra. Acércate, hijo mio, me dixo con débil voz; ven á recoger mi último suspiro; yo he causado tu desgracia con falsas especulaciones; perdóname, y no ultrages ni de-

testes mi memoria. Yo me desha-
cia en lágrimas, y él añadió: so-
bre esa mesa... esa cartera... con-
tiene el estado de mis negocios.
Liquida mis deudas; debes hacer-
lo, para no participar de mi ver-
güenza. Nada te quedará, hijo
mio, nada; pero tienes talentos...
tú los aprovecharás... es lo único
que me debes... y toda la herencia
que puedo dexarte.

Quiso despues hacer una de-
claracion, que parecia serle re-
pugnante; pero no la hizo. Lo que
mas me pesa, decia, es un des-
venturado, á quien engañé mu-
cho... me he olvidado de escribir-

le... acuérdate... no; te avergonzarias de ser hijo mio. Esto es quanto supimos de aquel secreto. A la noche murió; y Mr. Dequeville, miéntras que se hacian los funerales, me llevó á una casa de campo para distraerme, pero fué en vano. Volví prontamente á Moulins, y despues de haber dado mil gracias á Mr. Dequeville, salí para París, llevando conmigo la cartera que contenia el estado de mis asuntos. Todo estaba embargado en mi casa. Recurrí á hombres de probidad é inteligencia que me aconsejáran; y despues de mil diligencias, reuní

á todos los acreedores de mi padre; los pagué; y quando todo estubo concluido, me quedaron como unos cien doblones; pero persuadido á que ya nadie podia avergonzarme por causa de mi padre, ni pedirme la mas mínima cosa, volví á mi antiguo sosiego, y acostumbradas tareas.

Antes de poner en comercio mi habilidad, quise ver la Aubernia, cuyas situaciones pintorescas me habian ponderado, miéntras estuve en Moulins. Pasaré, dixe para mí, por esta ciudad, donde yacen las frias cenizas del padre mas desgraciado; me postraré

al pie de su sepulcro, y le diré; yo te saludo, sombra respetable: tu hijo es digno de tí; ha restablecido tu reputacion.

Seguí pues mi proyecto; y con el poco dinero que me habia quedado y mis pinceles, me despedí de París, de sus placeres, y de quantas propiedades habia poseido allí. Me hallaba solo en medio del universo, y podia libremente recorrerle todo. Partí para la Aubernia, y despues de detenerme en Moulins, pasé á Clérmont-Ferrand, y desde allí recorrí todas las montañas hasta San-Flour, donde me detuve al-

ga mas. Esta parte de la Auber-
nia es muy árida, y no ofrecía
los puntos de vista que deseaba.
Resolví pues salir de allí; pero
estaba decretado que permanecie-
ra allí mas que imaginaba. Un dia
que me entretuve algo mas di-
bujando, se exâltó mi imagina-
cion arrebatada de las hermosas
maravillas de la naturaleza; y su-
mergido en una profunda melan-
colía reflexionando sobre la muer-
te de mi padre, y lo aislado que
me encontraba en el mundo; no
salí de mi distraccion hasta mu-
cho despues de haberse puesto
el sol. Asustado de verme solo

en un campo desierto, quise volver á la carretera de que me havia desviado, pero me fué imposible hallarla. Quanto mas hacia, mas me extraviaba en los sinuosos rodeos que allí forman las gargantas de los montes. Pesaroso de mi imprudencia, resolví pedir albergue en la primera cabaña que encontrase, y que en aquel pais se llama un *burón*. Ofrecióseme á lo lejos una luz, y seguí sus saludables rayos. Al cabo de algun rato hallé una cabaña abierta, y cinco ó seis personas que sentadas al rededor de una rústica mesa, estaban cenando. Un

caminante extraviado, les dixe, reclama la generosidad de los buenos corazones para obtener un asilo. — ¿De veras? respondió levantándose el amo de la cabaña: ¿de veras os habeis perdido, y no traeis armas? — ¡Armas! estas son las mias, le dixe, enseñándole mis pinceles. — ¿Qué significan estos pedacitos de madera colorados y negros? — Son mis pinceles; yo soy pintor, y viajo para dibujar vistas. — Ya, ya lo entiendo: querida mia, me parece hombre honrado; vaya, quedaos, y perdonad nuestro recelo, porque en estos campos andan muchos pí-

caros, y como estamos alejados de la poblacion tememos. Vaya, María, limpia un vaso; y vos, señor pintor, sentaos con franqueza aquí junto á mi muger.

María era su hija mayor. Levantóse, la miré con cuidado, y de repente entró por primera vez el amor en mi corazon. Acabaís de verla; ella es ahora mi esposa; bien podeis juzgar de su mérito personal, aunque su tez y sus modales se resienten un poco del pais y estado en que ha sido educada.

Levantóse pues María, al punto me presentó un vaso con la ma-

yor dulzura y modestia, y yo me senté á la mesa enmedio de estas buenas gentes. ¡O amigos mios! ¡cómo me tratáron! No, nunca olvidaré las atenciones y cuidados que debí á esta buena familia de Aubernia. La cena fué alegre, y luego...

Aquí el caminante Vertpré interrumpió su narracion por la llegada del respetable Palemon, que venia acompañando á María y su niño. Como los dos esposos estaban muy cansados, el buen Palemon los obligó á retirarse á descansar; diciéndoles: tiempo hay para todo; yo espero que os detendreis un dia ó dos en mi casa para que

la conozcais á fondo, y particularmente á mis hijos que son su mas precioso ornamento.

Vertpré y su esposa consintiéron, y se retiráron. El resto de la tarde se empleó en algunos juegos inocentes á que se entregáron los muchachos, baxo la inspeccion de su virtuoso padre, quien nada les dixo acerca de la carta y el partido que habia tomado en el asunto de Mr. Delacour.

Buenos padres, que me leeis, estudiad la conducta de mi Palemon, y ved en la siguiente tarde, así como en el resto de esta obra, los medios que tomaba para

dar á sus hijos unas lecciones de moral dulce y pura. Siempre los conducía por el camino de los exemplos, porque estos se imprimen mucho mas que los consejos en los corazones de los jóvenes.

TARDE XXIX.

LA DELICADEZA.

Continuacion de la historia de la buena familia de Aubernia.

Vertpré pasó el dia siguiente con nuestra interesante familia; como lo habia prometido, pero no la habló sino de descripciones de la Aubernia, y de sus dibujos, que fué mostrando á los hijos de Palemon. Armando, Adela, Julio y Benito, que tambien dibujaban, admiráron el talento de este jóven,

quien tambien halló en los muchachos felices disposiciones. Por la tarde se reunieron en el terrazo; y suplicáron á Vertpré que continuase la relacion interrumpida. Su esposa no podia pasar toda la tarde enmedio de sus amigos, porque se lo impedian los cuidados maternales: no esperáron pues á que ella baxara, y Vertpré continuó en esta forma.

Creo que ayer quedé en mi entrada en el *buron* (*) del Auveñes

(*) Buron es una especie de cabaña con varias estancias habitadas.

Santiago. — Sí, sí, en eso quedasteis. — Pues voy á proseguir.

Sentado enmedio de estas gentes caritativas, tuve bastante tiempo para exâminarlas. Santiago, que era el cabeza de la familia, era un hombre alto, seco, vestido segun el país; pero en sus facciones se pintaban la honradez y probidad. Su muger no era jóven; pero se conocia que habia sido hermosa, y su exterior inspiraba tanta confianza como el de su marido. Tres hijos componian su familia, María era la mayor, tras de ella se seguia otra tambien muy

linda, y despues un muchacho suelto como un águila, y vivo como la pólvora. Estos tres jóvenes tenian las mismas virtudes que sus padres, y todos ellos inspiraban el mas vivo interes.

Santiago me preguntó: ¿Sois de Aubernia? — No, amigo; soy de París. — ¡De París! bien conozco yo esta ciudad, como que he sido allí aguador por espacio de veinte años; pero me acordaré de París toda mi vida. — (*Dixo esto suspirando*) ¿Suspirais, Santiago? ¿habeis experimentado allí algunas desgracias? — Una sola, pero que vale por muchas. — Con-

tadmela. — No por cierto Por ingrato que haya sido conmigo cierto sugeto, no le deshonraré publicando sus defectos. Mucho mal me ha hecho, pero... ¡O Dios mio! Nunca le hubiera creido capaz de tanta maldad! —— ¿ Pero á quién? —— Es un secreto; tal vez os lo diré algun dia, quando hayais merecido enteramente toda nuestra confianza.

No quise insistir, y me contenté diciendo cosas agradables á la madre, y mucho mas á María, que me parecia me miraba con mucha atencion. Al fin de la cena Santiago mandó á su hija María

que cantára al uso del país, y ella lo hizo en esta forma.

Mira bien como Juanilla
que no se hace de rogar,
con un galan caballero
al prado sale á baylar;
da mil vueltas y revueltas
ya por aquí, ya por allá:
¡ay, ay, ay, qué bueno va!

Mira bien como Juanilla
que no se hace de rogar,
con el galan caballero
en conversacion está;
no le dexa ni un instante
ya por aquí, ya por allá:
¡ay, ay, ay, qué bueno va!

Mira bien como Juanilla,

que no se hace de rogar,
coge rosas y claveles
y al caballero las da;
se las pone en el vestido,
ya por aquí, ya por allá:
ay, ay, ay, qué bueno va!

Mira bien como Juanilla,
que no se hace de rogar,
con el caballero juega
á quien puede correr mas;
pero el pie se la resbala,
ya cae aquí, ya cae allá:
¡ ay, ay, ay, qué bueno va!

Mira bien como Juanilla,
que no se hace de rogar,
va á visitar muchas veces
al caballero galan;

lo que pasa entre los dos
no es fácil de averiguar:
¡ay, ay, ay, qué bueno va!

Suplicáronme que cantase, y lo hice por no parecer descortés; y luego me conduxéron á una estancia donde hallé una buena cama. A la mañana siguiente quise, despedirme de esta buena familia, pero se opusiéron á mi partida. ¿Qué priesa teneis? me dixo Santiago; no os ocurren negocios urgentes, segun ayer me lo dixisteis; permaneced algunos dias con nosotros, y dibujareis quanto os diere la gana. Verdad es que el país no es hermoso por esta parte; pero

iremos hácia San-Flour, donde hay bellos sitios; yo os acompañaré y tambien mi hija María, que es buena muchacha; y á quien ya hubiera yo casado, á no ser aquí tan pobres en esta tierra las gentes de nuestra clase. — ¿Pero vos sois rico? — ¡Bella pregunta! yo no tengo nada ¿pues si yo fuera rico, exîgiria que lo fuese mi yerno? pero yo reflexîono así: si yo no tengo nada, ni mi yerno tampoco, es imposible que mi hija sea feliz, que es lo que mas la importa, y á mí tambien... Pero dexando esto aparte, os quedais con nosotros: ¿no es así?

Yo estaba encantado de la natural filosofía de este buen hombre, nada me precisaba á ausentarme, y sobre todo iba inclinándome bastante á María. Prometí pues á su padre que me detendria ocho dias; y toda la familia, particularmeute María, manifestó la mayor satisfaccion por mi condescendencia. Esta virtuosa jóven empezaba á quererme, y tenia demasiada inocencia para disimular la viveza de sus sentimientos. Pasé los primeros dias agradablemente; salia con Santiago, María, y su hermano Luis, y recorriamos las montañas. Yo dibujaba, María

con mucha atencion, me mirabā trabajar; y entretanto Santiago y su hijo cazaban para comer, lo qual se hacia alegremente.

Me interesaba tanto la bueña María, que reflexionando sobre la naturaleza de mis sentimientos, me estremecí al conocer que estaba ciegamente enamorado de ella. ¿Y qué importa? me dixe á mí mismo, llamando en mi auxîlio la razon. ¿Quién soy yo para sentir impùlsos de orgullo y vanidad? un mísero huérfano que carece de fortuna, de destino, y aun de amigos, ¿puedo aspirar á mas brillante alianza? Mi indigencia y el des-

honór de la quiebra de mi padre me condenan á una eterna obscuridad, María es hermosa, jóven, tiene virtudes, y yo la amo. Sí ella me corresponde y su padre consiente en nuestra union, ¿porqué me avergonzaré de enlazarme con unas gentes honradas? La virtud es lo mas esencial, y á ésta en ninguna parte la hallaré mas pura.

Muchas veces hacia estas reflexîones; pero no me atrevia á declarar mi amor á María, y ménos á su padre, pues parecia que deseaba por yerno un hombre acomodado. Acaso tambien querria que

su hija se casase con algun hombre de su misma clase, y que no dexase aquellos montes. Todas estas razones me obligaban al silencio, y esta misma precision daba mayores incentivos á mi amor.

Los ocho dias prometidos habian ya espirado pero yo deseaba que me detuviesen otros tantos. El buen Santiago que, segun decia, gustaba de mi humor, satisfizo mi deseo. Propuso que me detuviera quince dias mas, y desde luego consentí sin la menor repugnancia. Por otra parte apreciaba yo mucho la compañia de esta excelente familia que estaba muy alegre de vivir

con un hombre á quien estimaba infinito. María se habia criado en Clemont, en casa de una señora, de quien habia recibido algunas luces, pero que murió sin establecerla como se habia propuesto. Era la mas instruida de la familia; sabia leer y escribir, cosa que ignoraban sus padres. El buen Santiago se habia empeñado en aprender á leer, María era su maestra; y quando estaban en esta ocupacion, formaban el mas tierno quadro para el observador y amigo de la naturaleza. Figuraos á María todas las noches sentada en una gran silla, y á

su padre de rodillas junto á ella, repitiendo los nombres de las letras que ella le señalaba en un libro viejo, miéntras su hermano Luis estaba por encima de los dos, procurando aprovecharse de las lecciones que recibia su padre; su madre hilando, y yo en pie, contemplando arrebatado este quadro, y particularmente las gracias y hermosura de la maestra.

Un dia que yo estaba entregado á mis reflexîones, María se me acercó, y me dixo: ¿ qué teneis? parece que derramais algunas lágrimas. — Sí, María. Lloro, y vos sois la causa. — ¿ Yo? ¡ Dios

mio!... Pero á mí tambien me sucede algunas veces lo mismo.

¿Pues qué, yo os hago derramar lagrimas? ¿tendria la desgracia de desagradaros? — Si fuese así, no lloraria tanto; ¿pero yo os he causado, sin querer, algun disgusto? — ¿Vos? no hay cosa que yo ame mas en el mundo. — ¿De veras? — No sé engañar, nunca habia amado. — Yo tampoco, pero ahora amo demasiado. — ¿A vuestro padre?.. — Eso se supone: mi padre, mi madre y mi hermano me deben mucho cariño; pero lo que yo digo no es... ¿qué so yo?.. tambien se puede amar á un

amigo... — ¡ Ah ! María, ¿ qué decis ? — Que viendoos me parece que tengo un hermano mas... ó bien... — ¿ Un esposo ? — Puede ser. — Consentiriais en ser mia ? — Con todo mi corazon. — ¿ Y vuestro padre ? — Quiere que yo sea feliz ; y yo le diré que no puedo serlo sin vos. — Yo no me atrevo á declararme con él. — Pues yo lo haré.

Tal vez os admirará, amigos mios, el carácter de María ; pero ella era sencilla y franca como la naturaleza. Llegó pues Santiago, y miéntras yo pronunciaba algunas razones inconexàs y mal articula-

das, María, menos tímida que yo le dixo: ¿me amais, padre mio? — ¿Puedes dudarlo? — ¿No me habeis prometido un esposo? — Quando encuentres un hombre digno de tu amor... — Pues ya le he hallado, presente le teneis. — (*Santiago frunce el ceño.*) ¿Qué dices, muchacha? ¿crees que el señor Vertpre quiera desacreditarse... — ¡Desacreditarme! exclamé yo, ¡ah Santiago! ¡qué expresion! ¿cómo me atribuis un orgullo que no tengo? — Pero nosotros no somos sino gentes... — Muy honradas, que yo amo y respeto. — Pero señor, ¿mi hija os agrada? — In-

finito. —— ¡ Bueno ! eso es lo primero; pero vamos á lo segundo, es preciso saber vuestra familia..— Soy solo, no tengo padres, ni parientes, ni otro amigo que vos, si quereis serlo.—— Eso sí, de muy buena gana; pero ántes de ser vuestro suegro, es preciso que os explique mis intenciones. Ya os dixe el otro dia que nada tengo que dar á mi hija, si no la miserable parte que la corresponda en esta casuca, quando mi Jaquelina y yo hayamos muerto; pero muy poco ó nada podeis adelantar con esto, y por tanto queria yo que mi yerno traxese alguna cosa.—— ¿Y quán-

to sería bastante? —— Si tuvieres siquiera cien doblones... —— ¿ Cien doblones? —— Sí : con esta suma vuestro matrimonio se haria al instante. Yo habria podido dárselos en algun tiempo á mi hija; pero si mi yerno los tuviera, vendria á ser lo mismo —— Pues yo los tengo. ¡ O felicidad, ! Oro precioso que me perteneces sin perjuicio de los infelices; tú vas á proporcionarme la mayor fortuna. —— ¿ Hablais de veras? — Contad, Santiago, contad la suma que contiene ese bolsillo.

Santiago vació el bolsillo sobre una mesilla que estaba á la parte de afuera de la habitacion

y miéntras contaba el dinero, dixe á mi querida. — ¡O María! ¿quién mas dichoso que yo? pero ¿no sabes por qué tu padre exîge cien doblones precisamente, y no mas ni ménos? — Bien lo sospecho; pero ese es un secreto que él debe confiarte.

Santiago juntó el oro que habia contado, le volvió á poner en mi bolsillo, y me le alargó, diciéndome: — En efecto, está toda la cantidad que yo deseaba; no falta mas que dar parte á mi muger, al señor Cura y al Escribano. — ¿Con que seré dueño de María? — Quando quieras, hijo

mio; desde ahora es tuya. — ¡O padre mio! yo te agradezco que me dexases esta corta suma, que establece mi felicidad. — ¿Con que tu padre no era rico? — Quando se hagan los contratos, os contaré mis desgracias, y sabreis que yo habia nacido para disfrutar una suerte mas brillante... — Que te hubiera impedido el casarte con María. — En efecto no habria conseguido esposa tan de mi gusto.

Hablando así entramos en la habitacion, y Santiago en dos palabras instruyó á su muger de todo lo acaecido. Jaquelina, su hi-

ja menor y Luis se arrojáron á mis brazos, llamándome, aquella, su querido hijo, y estos su dulce hermano. Yo abracé á mis nuevos parientes; y despues de los primeros momentos de efusion, nos sentamos para arreglar los preparativos del matrimonio. Quedó decidido que se haria de allí á tres dias; Luis habia de partir al instante á la ciudad cercana para traer de ella un Escribano, y de camino iria tambien á avisar al Cura de San-Flour para que nos diese la bendicion nupcial. ¿ Podia haber alguna dificultad en esto? Pues ahora vereis, amigos mios, como

una palabra destruyó todas mis esperanzas.

Despues de mediodia Santiago volvió á San-Flour con sus parientes. Comimos apriesa para dexar á las mugeres tiempo para disponer los vestidos de la novia; y Santiago llamándome aparte, me dixo: tu ignoras, amigo mio, por qué pedia que traxese mi yerno cien doblones; temo que por esto me hayas creido raro é interesado; y así quiero desvanecerte ese pensamiento contándote mi historia. Bien mereces que te confie mis secretos, pues al cabo se quedan dentro de la familia. Sién-

tate junto á mí, dexemos trabajar á nuestras mugeres, y óyeme con atencion.

Yo he nacido en esta pobre habitacion que pertenecia á mi padre. Este se hallaba anciano, viudo y cargado de tres hijos, que somos mis dos hermanos, que se han separado ahora poco de nosotros, y yo. A todos nos envió á París desde nuestra mas florida juventud, y allí nos pusimos á limpiar chimeneas, hacer recados, y en fin nos aplicamos á quanto en esta ciudad hacen nuestros compatriotas. Yo me habia separado de mis hermanos, cada qual

trabajaba separadamente para sí; pero quando habiamos juntado alguna cantidad regular, nos juntabamos para hacer una sola parte y enviarla á nuestro padre. Murió este buen anciano, quedamos dueños de nosotros mismos, y casi nos perdimos de vista, y cada uno hizo lo que pudo. Era yo alto y robusto, me puse á aguador, y puedo decir que tenia muy buenos parroquianos en el arrabal de San German. Quando tuve veinte y cinco años volví á mi país con algun dinero, y me casé con Jaquelina, á la que dexé prontamente para volver á París

á proseguir mi trabajo. Todos los años iba á mi tierra á llevar mis ganancias á mi muger, de la qual tuve tres hijos. Todo mi anhelo era recoger una cantidad suficiente para retirarme enteramente al seno de mi familia; y Dios sabe quánto trabajaba para esto, porque eran muchas mis obligaciones. Al fin, llegué á juntar una suma de cien doblones. Veinte años tarde en juntar esta suma: ¡ qué de sudores, qué de malos ratos me costó! Pero al fin, me veia muy próxîmo á gozar el fruto de mis trabajos.

Entré un dia en casa de un

parroquiano, hombre honrado, á quien yo amaba porque aunque poderoso no era soberbio, y me daba tabaco siempre que me encontraba en la antecámara, que era paso para la cocina. Muchas veces me solia decir: ¿cómo va, Santiago? ¿quándo vas á ver á tú esposa y tus hijos? —— ¡O! no tengo mucha priesa. El entónces se reia, y me tomaba las manos con mucha bondad, llamándome hombre de juicio. Tanta afabilidad me penetraba el corazon, y yo queria á este hombre como al que mas de mis hermanos. Llamé un dia á la puerta de su habi-

tacion; él mismo salió á abrirme, y le hallé pálido, desfigurado, y como fuera de sí. ¡Válgame Dios! le dixe, ¿qué teneis? ¿estais enfermo? — No me hables, buen Santiago: no me preguntes nada, estoy desesperado. — ¡Desesperado! exclamé, dexando mi cubeta; ¿pues qué os ha sucedido? — Nada, Santiago, nada, desocupa tu agua y déxame. — No señor, no os puedo dexar viendoos tan afligido; podriais mataros... — Ya lo habria hecho á no ser padre. — Algun bribon os habrá dado alguna pesadumbre, ó alguna bancarrota.... ¡se ven tantas este

año ! — Eso es, eso es, Santiago. Mi confianza me ha perdido, un pícaro me hà arruinado... mañana tengo que pagar... pero vete y déxame entregado á mi dolor. — No me iré, yo os conozco, sois un hombre honrado, y debo socorreros. — ¿ Socorrerme ? — Puedo hacerlo, pues tengo recogida una gran cantidad que habia destinado para retirarme á mi país ; yo os la ofrezco. — ¿ Cómo ? ... — Sí señor, tengo cien doblones: ¿qué tal? me parece que podreis salir del apuro : ¿ no es así ? — Algo me aliviaria ; pero nunca aceptaré tu ofrecimiento. — Le

aceptareis. — ¿Yo despojarte?...— Ya me pagareis: ¿pues qué no teneis recursos? — Sí, los tengo; estoy seguro de que de aquí á algunos meses.... pero no puedo resolverme á privarte de la satisfaccion de ver á tu esposa y tus hijos. — Les veré quando pueda.— Pero ya es tiempo de que descanses. — Todavia tengo fuerzas para trabajar. — Santiago, yo no puedo—... Pues yo lo quiero; y por fortuna traigo conmigo todo el dinero, tomadlo. — Pero es cosa vergonzosa.... — ¿Pues os avergonzariais de recibir un favor de un pobre aguador? — No es

eso, Santiago, sino que... Ahí queda el dinero. A Dios, señor, hasta mañana.

El hombre me llamaba, pero yo no le hice caso, y salí quanto ántes pude á la calle. Desde este tiempo, amigo mio, iba todos los dias á llevar agua á esta casa, pero no veia al amo, porque siempre estaba encerrado en su gabinete. Así me hallaba, quando me fué preciso ir á ver á mi familia, á la qual nada dixe de todo este asunto. Volví á París, fuí á casa de mi hombre; pero... ¡ó sorpresa! el bribon habia hecho una bancarrota maliciosa, y

no se sabia de él: toda su casa estaba trastornada, y todo en poder de la justicia. Reclamé mi deuda como acreedor, preguntáronme si tenia algun papel de resguardo; pero por desgracia habia prestado en confianza, sin pensar en exîgir recibo de un hombre por quien me hubiera sacrificado; y así me hallé con todo mi dinero perdido, por la maldad de aquel perverso. Considera, querido Vertpré, ¡quál seria mi dolor, al ver malogradas las fatigas y sudores de veinte años! Me ví precisado á empezar mi trabajo como si hasta entónces nada

hubiera hecho: ¡ó Dios mio! ¡qué falsos son los hombres! Aquí, amigos mios, Santiago derramó algunas lágrimas; pero yo, que estaba sumamente interesado en su narracion, le supliqué que la continuase; y él lo hizo así.

Quando ví que no habia remedio, y que eran perdidos mis cien doblones (debo prevenirte que el bribon tenia un hijo, que se habia huido, y cuyo paradero se ignoraba) la melancolía se apoderó de mí; y al cabo resolví, ántes de principiar segunda vez mi carrera, volver á consolarme por algun tiempo en compañía de

mi familia, y con ánimo de ver si podia casar á mi hija mayor; pero resuelto á no admitir por yerno al que no traxese de dote los desgraciados cien doblones que yo habia perdido. Al fin, le he hallado todo en tí, y luego que se haga tu casamiento, volveré á París á trabajar con el mayor ahinco. No soy jóven; pero todavia puedo trabajar diez años para mantener á mi Jaquelina, y acomodar á mi hijo menor. En quanto á Luis, le llevaré conmigo, y hará lo que su padre ha hecho, y así tendré este cuidado ménos. Ve aquí mi secreto,



amigo, y tambien la razon que me ha obligado á exîgir de tí los cien doblones. Si no me los hubieran robado no te los hubiera pedido, ántes bien te habria ofrecido la mitad.

Admirado del excelente corazon de este hombre, pero al mismo tiempo turbado por un oculto presentimiento, me acordé de las inciertas expresiones de mi padre en sus últimos momentos, y sin saber por qué, pregunté por el nombre del que le habia causado tan considerable perjuicio. No te le diré, me respondió; ese hombre me ha hecho mucho daño;

pero no le deshonraré publicando su nombre. Os suplico, Santiago, que no me le oculteis. Conozco á todo París; y seria posible que este hombre se hallase en estado de pagar. Ea, decid, ¿cómo se llama? —— Pues solo á tí te lo diré, para que procures informarte de si ha parecido, y de si se halla arbitrio para cobrar mi crédito. Llámase Mr. Dermevil, y era cambista.

Al oir esto perdí el color, y me puse á temblar, de modo que no sé como no lo advirtió Santiago. Era mi padre quien habia arruinado á este buen hombre. Mi

padre se llamaba como yo, Vertpré Dermevil, pero solo era conocido baxo de este último nombre; y á mí por lo regular me llamaban solamente Vertpré. Quedé confundido, sin poder hablar una palabra; y Santiago, que atribuyó mi silencio á la eficacia del interes que me inspiraba su desgracia, me tomó de la mano para llevarme adonde estaba María, diciendo: ¿Esto te sorprehende, amigo mio? El mal ya está hecho, y no debemos pensar mas en ello, sino en la felicidad que á entrambos nos espera.

¡Estaba ya destruida para mi

esta felicidad! Los cien doblones á que únicamente debia yo la mano de María, no eran mios sino de Santiago; y este era sin duda el secreto que mi padre temia declarar en sus últimos instantes. ¿Qué partido me quedaba? ¿podia yo engañar á estas buenas gentes casándome con su hija sin restituirles sus bienes? ¿podia yo ocultar mi vergüenza á costa de la probidad? No, dixe para mí; no soy capaz de semejante baxeza. Yo amo á María, pero debo renunciar su mano. Restituyendo la suma, me quedo sin nada; y por otra parte, Santiago nunca querrá dar su

hija al hijo de un hombre sin honor, y que tan cruelmente le ha engañado. Bien decia mi padre que nada me dexaba, pues no he recogido de sus bienes sino esta pequeña suma que ahora descubro no ser mia. Restituyámosla, y sacrifiquemos el interes y el amor al honor y á la delicadeza.

Hice estas reflexîones rápidamente, y sin que mi alma sintiese el menor combate entre el crímen y la virtud. Miré á María, suspiré profundamente, y dexando á todos ocupados en los preparativos de un matrimonio que no

podia verificarse, salí con un falso pretexto, resuelto á no volver jamás á esta fatal habitacion. No me atrevia á declarar, pero me proponia escribir y enviar el dinero por medio de alguna persona segura. Caminé á la aventura, con el corazon oprimido y la cabeza trastornada. Conocí entónces por primera vez, quanto importan las conveniencias. ¡María, María! exclamé, mi ausencia traspasará tu corazon; tal vez mi fuga te hará sospechar de la pureza de mi amor, pero es inevitable. Una leve cláusula nos hace infelices á los dos; pero es preciso pronun-

ciaria. No puedo, no puedo resolverme á engañar á tan buenos corazones.

Así pensaba quando me hallé con Luisito, que volvia de la ciudad. Hermano, hermano, me gritó desde léjos, mañana temprano vendrá el Notario; vengo de verle.... pero, ¿á dónde vas? El título de hermano que me dió este muchacho, me hizo suspirar; él lo advirtió, y me dixo: parece que estás disgustado; ¿y cómo te hallas tan léjos de nuestro albergue? ¿qué quiere decir esto? — Nada, amigo mio, nada.

Le hice algunas caricias, y

fingiendo que iba á algunas diligencias á la ciudad, le pedí que me acompañara; él lo hizo con mucho gusto; y yo celebré haber hallado un agente tan seguro. Así que llegámos entramos en una posada, y pidiendo papel y tinta, escribí las siguientes razones á Santiago.

Vuestra confianza, Santiago, me ha hecho infeliz. Vos ignorabais que hablabais con el hijo del desgraciado Dermevil, orígen de vuestras penas. Baxo de este supuesto, considerad si debo aspirar á la mano de María. No tengo nada, y me veo envilecido á vuestros ojos. Os envio los cien doblones, úni-

ca cantidad que creí me pertenecia; os la restituyo, y me ausento para siempre. A Dios: consolad á María, á la que nunca dexaré de amar, y buscadla un esposo que sea mas digno de ella y de vos que........

Vertpré Dermevil.

Cerré este villete, y entregándosele juntamente con el bolsillo á Luisito, le encargué que lo llevara todo á su padre con la mayor prontitud, porque yo tenia que tratar un asunto que me detendria largo tiempo; y como el muchacho ignoraba mis pensamientos, partió al instante.

Por segunda vez volví á verme solo en el universo, sin dinero, sin recursos, y privado de todo en el mismo punto en que iba á casarme con la que amaba. La antorcha de himenéo se habia apagado, y la obscuridad mas profunda reinaba sobre la espinosa carrerra de la vida que iba á empezar. Quise dexar al instante la Aubernia, que me presentaba tan dolorosos sentimientos. Aun no era de noche, y caminé hasta que la sombra me precisó á entrar en una posada que hallé en el camino. Hice que me dieran una cena frugal, porque me habia quedado

muy poco dinero; y despues subí al quarto que me señaláron, cuyas ventanas daban al camino. La noche era muy apacible; y como la luna iluminaba toda la campiña, me puse á la ventana á contemplar la magestuosa calma de la naturaleza. Pensaba en mis desdichas, sin poder entregarme al sueño, en que ya estaban sepultados quantos se hallaban en la posada.

El ruido de un caballo que venia galopando, fixó toda mi atencion. Un secreto presentimiento me decia que el ginete tenia alguna relacion conmigo. Pronto distin-

guí á un hombre que traia un muchacho á la grupa. Detúvose á alguna distancia de la posada, y oí que decia al muchacho: á ménos que no se haya detenido aquí....

¡Cielos! ¡es la voz de Santiago! El muchacho, que sin duda era Luis, le respondió: ¿llamemos, padre mio? Un movimiento involuntario, me hizo exclamar: ¡Santiago, Santiago! ¿qué buscais á estas horas?

Aquí está, dixo Santiago; y al mismo instante desmontó con su hijo. Los dos dieron repetidos golpes á la puerta, y en tanto San-

tiago me dixo desde abaxo : ¡atolondrado, que nos causas tantos disgustos, tú eres lo que busco! ¿ Me has creido tan interesado que hiciese á mi hija infeliz, y tan injusto, que no supiese distinguir entre el padre y el hijo?

Continuáron llamando, en vano les represento que todos esban acostados, y que nadie les abriria. Cogieron piedras y dieron reciamente con ellas en la puerta. Al fin, el posadero se despertó, llamó á sus criados, abrieron la puerta, y al instante se armó una pendencia entre ellos y los dos pobres Aubernieses, á quienes que-



La verdadera finura
No en vanas formalidades
De las grandes sociedades
Su fundamento asegura.
De la virtud la hermosura
La grabó naturaleza
Tanto en la altura y nobleza,
Como en el humilde estado.
Y así á qualquiera le es dado
Obrar con delicadeza.

rian maltratar por su importunidad. Baxé para sosegar la discordia, que podia ser fatal, y logré sosegar á los dos partidos. Santiago me cogió del brazo, y queria llevarme consigo al momento. Le representé que la noche estaba muy adelantada; y además de esto, que me tenia por indigno de su alianza; pero á nada atendió, y precisándome á montar, puso al muchacho detrás de mí, y él caminaba á pie junto á nosotros.

¿Has podido pensar, me dixo, que yo no sabria apreciar tu modo de proceder? Tú podias guardar el dinero, dexarnos ignorar

tu nombre, y casarte con María; y no lo has hecho, prefiriendo á tu gusto la honradez; ¡ó mi amado Vertpré! ¡quánto me ha penetrado este rasgo! Hallarás á María tan conmovida como yo lo estoy de tu desinterés, y llorando á mares: todos nos esperan en casa con la mayor impaciencia.— ¿Pero cómo habeis podido seguir mis huellas?— ¿Qué sé yo? Luis me ha guiado hasta la posada en que te dexó; allí preguntamos por tí, y nos dixéron que habias seguido el camino de Clermont. Pues vamos á Clermont, dixe á Luis; vamos hasta el cabo del mundo, si es ne-

cesario, para hallar á este mozo tan atropellado y por otra parte tan digno de nuestra estimacion. — Buen Santiago: ¿y permitireis que me case?... — Pero hombre, ¿por qué no? en nada variaré mi plan: luego que te vea casado, volveré á París á trabajar. — No, no trabajareis mas, pues yo pinto bastante bien, haré retratos y quadros, y con esto podré sin mucha dificultad mantener á toda la casa.

Hablando así, llegamos al amanecer á la habitacion. Hallé á toda la familia reunida y entregada á una mortal inquietud. Primero me reprehendiéron, y luego me

hiciéron mil caricias, entre las quales, las de María me diéron señales nada equívocas de su amor.

Al dia siguiente se celebró nuestro matrimonio, como estaba determinado. Permanecí algun tiempo con mi esposa en el seno de esta buena familia. Despues vine á establecerme en Clermont, donde gané algun dinero, que entregué á Santiago, porque no quise que volviese á sujetarse á un trabajo que hubiera abreviado sus dias. Algunos meses despues le perdimos al rigor de una grave y pronta enfermedad. Su tierna esposa Jaquelina le sobrevivió poco

tiempo. Entónces puse á Luisito y á su hermana baxo la tutela de uno de sus tios, que vive en San-Flour, pagándole una pension; y resolví pasar con mi esposa y mi hijo á París, donde un artista puede exercer su talento con utilidad y aplauso. Ya os dixe la causa ayer de haberme extraviado en el próxîmo bosque, y por la qual me tomé la libertad de pedir hospedage en esta casa. He aceptado el descanso de un dia; pero mañana al amanecer partiré, llevando para siempre en mi alma la memoria de vuestras atenciones generosas; y me daré por muy contento, si he podido

divertiros contándoos la historia de la buena familia de Aubernia.

Acabó de hablar Vertpré, y como era tarde, Palemon le hizo pasar con su esposa y su hijo á la sala en que Marcela habia dispuesto la cena.

TARDE XXX.

EL TALENTO.

La quinta aislada.

Vertpré y su muger partiéron á la mañana siguiente; y los muchachos, en ausencia de su padre que estaba ocupado en su gabínete, se juntáron á desayunarse. La historia de Vertpré les suscitó mil reflexîones sobre la restitucion de las veinte mil libras que Palemon habia recibido de Mr. Delacour. ¡Este jóven Vertpré, que no se

creía propietario de los cien doblones que habia recogido de la herencia de su padre! ¡este hombre que todo lo abandonaba, hasta su mismo amor, por restituir una cantidad, en el momento en que supo que no le pertenecia! Todo esto ocupaba los discursos de nuestros jóvenes, y les hacia mirar las cosas con mucha delicadeza. Armando fué el primero que mudó de opinion, y dixo á Benito: ¿sabes que desde ayer pienso de distinto modo en órden al asunto de papá? Ahora me parece que efectivamente debe restituir la suma á Mr. Delacour.—

Pues yo no. Si piensas así por lo que ayer dixo Vertpré sobre el dinero que volvió á Santiago, el caso es muy diferente. — No tanto. — Absolutamente diverso: el dinero de Vertpré era rigorosamente un préstamo; y el de papá una liberalidad de Delacour. — Pero quando el que ha hecho el don se halla tan necesitado... — Es cierto que tambien á mí me ha conmovido el exceso de delicadeza en Vertpré... — ¡ Exceso de delicadeza! exclamó Leon, nada tiene de exceso su proceder, pues el padre habia abusado de la confianza y bondad de un hom-

bre honrado, y el hijo estaba obligado á la reparacion. Así pienso yo, y en el caso presente, si yo fuera hijo único, y perdiese á mi respetable padre, la primera cosa que hiciera seria volver á Mr. Delacour ó á sus hijos las veinte mil libras. — Ya te oigo, replicó Benito, con una sonrisa irónica, añadiendo: ¿y si no tuvieras otra cosa? — Seguiria el exemplo de Vertpré, que no tenia mas que sus tristes cien doblones. — Pero este efectivamente era deudor. — Nosotros tambien lo somos. — No. — Sí. — Para convenirnos, dixo Armando, dexe-

mos á un lado la legitimidad de la deuda, y atendamos solo á lo que nos dictan el honor y la delicadeza. Enhorabuena, contestó Benito; pero Leon siempre la echa de entendido. Discurriendo segun nuestro corazon, repuso Armando, conocerémos que en nuestro interior resuena una voz que nos grita, volved al pobre lo que os dió en su prosperidad. —— Es verdad, es verdad, exclamaron á una voz los muchachos; y Armando prosiguió: sin duda es cosa dura despojarse uno así, reducirse á un estado miserable, perder el fruto de sus trabajos, y la esperan-

za de todo establecimiento. Por exemplo: será preciso algun dia casar á mi hermana, no se puede verificar esto sin dotarla, ¿y cómo ha de hacerse? — ¡O! interumpió Julio, no hables de eso: ella tiene suficiente dote en sus gracias y virtudes. — ¡Qué galante está el señor Julio! dixo Benito. Armando le repuso con dulzura: la galantería de Julio está fundada en el mérito de Adela; pero suponiendo que ésta no necesite de dote, quedamos por establecer quatro varones: digo quatro porque Julio es tambien hermano nuestro, y debe entrar á

la parte de todos los bienes. Sobre todo, á mí, que como mayor debo casarme el primero, no me será muy agradable el ser mozo de granja, en vez de ser dueño de ella, y casarme... con una muger qualquiera, que nada posea. —— Lo mismo me sucederá á mí, añadió Benito, si se restituye toda la suma. —— Pues á mí, dixo Leon, no me faltan talentos, y de lo demas no hago caso. — ¡ Bellos talentos! contestó Benito, meneando la cabeza. Este porque hace malos versos piensa que tiene toda la discrecion de la familia, y... — Benito, dixo Armando con serie-

dad, tú siempre serás maligno y envidioso; no gustas si no de herir el amor propio de tu hermano Leon; es una baxeza, y mucha dicha tuya que no te haya oido padre: ¿ ya se te ha olvidado la reclusion que pasaste en compañía del carbonero Lagrange? Procura no dar motivos para volver á ella; pero dexemos esto, y decidme si quereis que vamos al quarto de padre, á decirle que Benito y yo hemos mudado de opinion decidiéndonos por la de Adela, Julio y Leon. — Vamos al instanse, dixéron los otros quatro, y Benito añadió: nosotros nos casarémos

como pudiéremos; si padre vende la granja, nos quedarémos sin nada, y nos casarémos con aldeanas. — Sí, con aldeanas, respondió tristemente Armando, porque mi padre quiere que sea labrador como él. Bien podeis acordaros de que me impuso esta ley el dia que fuimos á comer á Mamonville.

Los muchachos subiéron al gabinete de Palemon; no estaba, pero volvió pronto, y pareció admirar aquella reunion con visos de embajada, aunque desde luego conoció su objeto. Sentaos, hijos mios, les dixo, afectando inquietud, y como procurando leer su

intencion en sus semblantes.

Padre, dixo Armando, Benito y yo venimos á confesaros que ayer no acertamos en oponernos al modo de pensar de nuestros hermanos; y yo he conocido que las razones que dí en favor de mi opinion no eran bastantes sólidas. — ¿Sobre qué asunto? preguntó con mucho disimulo Palemon. — Sobre la carta que recibisteis y el estado infeliz de Mr. Delacour. Volvedle, padre mio, las veinte mil libras, aunque sea necesario venderlo todo. — Eso no; una parte del valor de esta granja bastaria para satisfacerle;

¿ pero quién os ha obligado á mudar tan pronto de dictámen ? — El exemplo de la delicadeza de Vertpré, y el haber reflexîonado con mas juicio. — (*Palemon encubre su alegría.*) Es cierto que la conducta de este jóven respecto del buen Santiago es muy digna de elogio, aunque la exîjan el honor y probidad. Mucho celebro que vuestra opinion sea tan conforme á la mia ; y no debo ocultaros que desde el momento en que recibí la carta de Bertier resolví la restitucion de toda la cantidad. Sin embargo he exîgido vuestras opiniones, me las habeis

dicho con franqueza, y he estado muy léjos de enojarme contra los que se han opuesto á mi dictámen; sirviéndome ahora de mucha satisfaccion que los seis pensemos de un mismo modo, y ver á toda mi familia tan decidida por la delicadeza. Por lo demas, queridos, vivid tranquilos sobre el resultado de este asunto, que se terminará sin que mi hacienda padezca alteracion particular. Nada venderé (*Armando y Benito se sonrien*) pues acabo de cobrar una cantidad que la tenia perdida; y toda la suma está preparada. Al instante voy á enviarla

á casa de Bertier, amigo de Mr. Delacour, por medio de Miguel, el labrador vecino, que hoy mismo sale para París y es hombre de toda confianza: con que ya este es negocio concluido.

Palemon, dicho esto, abrió una gabeta de su buró, y enmedio de muchas letras de cambio, mostró á sus hijos algunos rollos de luises, con los quales habia completado el importe de la deuda. Armando y Benito suspiraron viendo que aquel oro iba á salir de la casa. Palemon los miró, y penetrando su interior, cerró la gabeta, y dixo: ahora que todo

está arreglado, no pensemos, hijos mios, sino en el placer que Mr. Delacour experimentará por haber favorecido en otro tiempo á un hombre honrado. Este oro va á restituirle la vida, así como él me hizo á mí el mas feliz esposo y el mas afortunado padre.

Abrazáron los muchachos á su padre, el qual añadió: hoy está el dia apacible: vamos á que nos dé de comer Mr. de Versevil, que ha comprado el parque y castillo del Marqués Desfort, cuya muerte funesta os he referido. Versevil es un hombre de excelentes costumbres, le debo una tierna amistad,

repetidas veces me ha encargado que con toda franqueza vaya con mi familia á comer en su compañía ; y hoy quiero aprovecharme de sus corteses ofertas. Id, hijos mios, á disponeros ; y dentro de dos horas partirémos ; pues tan cercano está su castillo que desde estas ventanas se descubre.

Retiráronse los muchachos muy alegres con esta intermision de sus ordinarias tareas. Armando parecia el mas contento ; pero ignoraba que esta diversion se dirigia principalmente á darle una fuerte leccion, porque Palemon sabia que su hijo mayor temia no tener bastan-

tes bienes para contraer un casamiento ventajoso ; deseaba una muger rica, y se avergonzaria de casarse con una simple labradora. Era preciso reducirle á ideas mas sanas, y siempre por medio del exemplo. ¡ O padre respetable, que sabes educar tan bien á tus hijos! ¡ quánto me complace ser tu historiador!

¡ Quánto tardaba en llegar la hora de la marcha! Suspiraban los muchachos por este feliz momento, y creian que el tiempo se paraba de intento para mortificarlos. En fin, tomó Palemon su baston y su sombrero, y partieron. Pron-

to llegáron al castillo, á cuya puerta halláron á Mr. de Versevil, quien con el mayor afecto dixo á Palemon: sin duda venis á comer conmigo, vecino mio: ¡ quánto os agradezco que vengais con esta familiaridad! ¿ estos son vuestros hijos? Parecen muy amables, esta señorita tiene mucha gracia, y vuestro hijo mayor ya es hombre hecho. A la verdad, me causa mucha satisfaccion esta visita, pues esta tarde espero á mi yerno que ha ido á ver á su padre, y debe volver con su esposa y su hijo, porque, amigo, ya hace un mes que soy abuelo. Mi

hija ha ido á presentar su hijo á su suegro, como es muy natural; pero los vereis ántes de salir de aquí; y entretanto me hareis compañía.

Nuestros muchachos celebraron el buen recibimiento de tan gran señor, y Palemon le dió mil gracias por tantos favores. Hablaron, rieron, jugaron, se pasearon en el parque, visitaron toda la casa, y despues se sentaron á una mesa, poco suntuosa, pero donde reynaban la libertad y franqueza. Al fin de la comida Palemon hizo la siguiente pregunta á Mr. de Versevil: señor Conde, ¿es acaso el padre de

vuestro yerno algun caballero de las cercanías? porque me parece haber oido decir que sus tierras estaban poco distantes de las vuestras. — ¿Sus tierras, amigo? creo que nunca os he hablado de eso, á lo ménos no lo tengo presente. El padre de mi yerno tiene á la verdad alguna haciendilla, pero ni es rico ni caballero. — ¡Como! — ¿Pues no os he contado su historia? — No señor. — Perdonad, porque... — Os protesto, señor Conde, que nunca me habeis hablado de ello. Por voz pública he sabido que vuestra hija se habia casado; pero nada

mas. — ¿Con que no sabeis que la casé con el hijo de un pobre labrador? — ¡Un pobre labrador! yo lo ignoraba. — Pues conviene que lo sepais para que tengais mas gusto de ver á mis jóvenes quando vuelvan. Tomemos primero café, despues iremos todos á sentarnos en el parque, en donde os referiré todas las particularidades de este raro matrimonio.

Ya estaban los muchachos impacientes por saberlo todo; y especialmente Armando, á quien le chocaba mucho la alianza de un labrador con tan ilustre caballero.

Fueron en fin al parque, donde sentados baxo un frondoso cenador, Mr. de Versevil dixo lo siguiente.

Soy el mayor de tres hijos de una de las mas antiguas familias de Picardía. Mi padre era Mariscal de Campo, y teniamos bastante proteccion para adelantar en la milicia. Juntamente con mis hermanos seguí largo tiempo la guerra; y luego que la paz cambió el laurel de Marte en mirto de amor, nos casamos todos. Fué mi esposa la hija del señor de Labriche, que me hizo feliz y padre de una sola hija. Habiendo te-

nido la desgracia de perder â mi esposa quando mi hija era aun muy niña. Resolví mantenerme viudo toda mi vida por no perjudicar al establecimiento de mi Eugenia, la qual á mi vista crecia en gracias, talentos y virtudes. Era muy instruida y hábil en todo quanto emprendia; pero tenia un gran fondo de misantropía que la produxo la lectura de los mayores filósofos, y que me disgustaba mucho. La veia insensible á los placeres de su edad, por mas que yo procurába multiplicarlos para hacérselos agradables. Preferia la soledad, la música y los libros á los

bayles, espectáculos y brillantes concurrencias. Muchas veces que la reconvenia por esta especie de vida solitaria, me contestaba así; todos los hombres que veo me parecen falsos y lisonjeros; los jóvenes son fátuos y presuntuosos; las mugeres malignas y murmuradoras; las piezas del teatro por lo regular insulsas; y los bayles ramo de locura. Mas quiero conversar con Bufon, pues sus héroes no tienen los vicios de los hombres; y sobre todo la sociedad de mi padre es á mi corazon mas grata que todos los vanos placeres del mundo.

Con este modo de pensar pre-

sumia yo que me seria muy dificil establecerla. No queria ver gentes, y opuesta á los hombres por preocupacion la era imposible elegir entre ellos. Yo no deseaba violentar su inclinacion; y ella me decia que su ánimo era vivir sola conmigo hasta el fin de mis dias. Esto me desesperaba, porque mi mayor anhelo era verla esposa y madre. Para lograr este objeto hice el último esfuerzo en París, donde á la sazon nos hallabamos. Dí un convite en que procuré reunir quantos jóvenes apreciables se hallaban en la corte. Tuve cuidado de decir á mi hi-

ja los nombres y pretensiones de cada uno de ellos, y hasta sus aventuras galantes; aunque solo aquellas que se pueden referir á una jóven bien educada. Muchas veces, decia yo para mí, la relacion de estos lances, los zelos, la envidia ó el amor propio, exâltan y encienden la imaginacion de una muger. La felicidad de un padre suele consistir tal vez en una vanidad ó capricho pueril de sus hijos; pero todo fué inútil con Eugenia; y ninguno de mis brillantes actores hizo impresion en aquella por quien se representaba esta comedia.

Cansado de tanta frialdad la reprehendí seriamente ; pero me desarmó con tantas razones y pruebas de su ternura para conmigo que al fin resolví no volverla á hablar de esta materia.

Estábamos hácia el fin del último estío. Lo apacible de los dias y los trabajos urgentes y provechosos del otoño nos llamaban á este castillo , que habia comprado de los herederos del desgraciado Marqués Desfort. Nos pusimos en camino para venir aquí ; pero mi cochero , que nunca habia estado en Versevil , se extravió en un bosque que está á seis leguas del casti-

llo. Yo hablaba con mi hija, y no lo advertí, ni tampoco ninguno de los demas criados, hasta que ya habia cerrado la noche, pues entónces por la tardanza eché de ver nuestro extravío. Para mayor sentimiento conocí que el sitio en que me hallaba era desierto y aun peligroso, y que en quatro leguas en contorno no se hallaba sino una quinta aislada, todavia dos leguas distante del camino que seguiamos. No quise comunicar mis temores á Eugenia, y sin reprehender demasiado al cochero le encargué que parase en la primera habitacion que hallára á la derecha.

Mi ánimo era pedir hospedage al dueño de la casa, aunque no le conocia, porque no me atrevia á aventurarme con mi hija á proseguir á tales horas por caminos que no podian distinguirse con exâctitud. Eugenia sintiendo, como yo la tardanza, aprobó mi proyecto y á las once de la noche llegamos á la quinta, que miramos como un magnífico albergue. Aunque era tarde, me pareció que habia luz en un quarto, cuyas ventanas entreabiertas daban sobre el camino. Esto me aseguró de que no todos los de la casa dormian, y llamé á la puerta. — ¿Quién

está ahí? me gritaron de la parte de adentro. — Unos caminantes extraviados. — Aquí no se recibe esa especie de gentes. — Abrid por favor, y vereis quiénes somos. — Algunos pícaros, sin duda, que á estas horas cometen mil insultos. — Una señorita y su padre ¿ pueden causaros recelos? — Dexadnos dormir, ó si no soltaré los perros. — Con esta amenaza iba ya á retirarme quando otra voz dixo : Pedro, para despedir las gentes no es necesario desvergonzarse.

Pedro, á quien reprehendian justamente por habernos injuriado, calló, y no volví á oir nada. Per-

suadido á que el que reprehendia era de condicion mas dulce, y que podia ser el mismo dueño de la casa, me atreví á llamar de nuevo. Entónces se abrieron del todo las ventanas, y ví que se asomó un respetable anciano, preguntándome, qué se me ofrecia. Se lo dixe, exâminó quanto pudo mis gentes, coche, &c. y mandó al instante á Pedro que abriese.

Hízolo de mala gana, y el mismo amo baxó á recibirnos. Perdonad, me dixo, la necedad de mi criado; aunque su desconfianza no es de estrañar, porque andan muchos ladrones por estos campos.

Entrad, entrad, y sed muy bien venidos. Habia proporcion para el coche y caballos; y mis dos criados quedáron al cuidado de Pedro. Mi hija y yo seguímos al labrador á una sala baxa, y allí me dí á conocer á este buen hombre, que quedó aturdido de hospedar en su casa al Conde de Versevil, de quien habia oido hablar repetidas veces. En tanto que por sí mismo disponia una cena frugal sobre una rústica mesa, le supliqué me dixese su nombre, á fin, añadí, de conocer á un sugeto á quien debia favor tan particular. Yo, dixo, me llamo Gui-

llermo Ledoux. — ¿Teneis muger? — Quince años ha que estoy viudo; ¡perdí á mi pobre Magdalena! ¡qué muger! — ¿Y teneis hijos? — Sí señor: tengo uno que que me hace el mas feliz de quantos padres hay en el mundo, pues yo creo que no los muchos hijos si no sus qualidades hacen la felicidad de los padres; uno bueno basta para la mia. — Teneis razon, continué yo, mirando con ternura á mi hija, que me abrazó: ¿es varon? — Sí señor, y todo el consuelo de mi vida. — Le casareis pronto, porque en vuestra edad ya es preciso descansar. —

¡ Casarle! ¿ si no quiere? dice que miéntras yo viva no quiere mas compañía : ¡ ó! es una especie de lo que en las ciudades llaman un fis... un fisol... — ¿ Un filósofo ? — Cabalmente : ¿ os reis, señor Conde? pues á fé que si le conocierais... no penseis que es un labrador ignorante como yo, que no sé leer ni escribir, no por cierto; sabe música, y lee en unos librotes... pero no por eso es soberbio con su padre. — ¿ Cómo ?...

La cena estaba preparada, pusímonos á la mesa; y en tanto que comiamos, el buen Ledoux, que echaba un trago de quando

en quando porque ya habia cenado, estaba muy contento de que le hablasemos de su hijo, como de la mayor satisfaccion que pudiera recibir. Es preciso que sepais, añadió, que mi hijo tenia cinco años quando murió su madre, que cumple ahora veinte años; y entónces dixe para mí: no quiero que mi hijo sea tan ignorante como yo. Aunque no soy rico tengo lo suficiente para darle alguna educacion, porque yo creo que esto es lo primero que deben hacer los padres. Le envié pues á París á casa del dueño de esta quinta, que despues compré. Este hom-

bre, que gustaba mucho de mi Eusebio, le puso en un colegio donde aprendió mil cosas; y hubiera adelantado mas si hubiese vivido su protector, pero murió este buen hombre. En tanto yo adquirí lo bastante para comprar esta posesion; le traxe á mi compañía ahora quatro años, y desde entónces no se ha separado de mí ni un instante; pero no toma el arado, eso no. Lee, escribe, pinta, y hace mil habilidades; sin embargo, me quiere tanto, que quando me ve trabajar demasiado en el campo, viene, me quita la azada de la mano, y me ayuda

mas que un jornalero que no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. Quando llegue el tiempo de la sementera saldrá todos los dias al campo conmigo; aunque á mí no me gusta, y muchas veces le hago retirar, porque es muy delicado para este trabajo. — Pero, Guillermo, con la brillante educacion que habeis dado á vuestro hijo, ¿no deseais que algun dia os suceda en el oficio, y sea labrador como vos? — En esto hará lo que quisiere; yo no le violento; pero creo que nunca abandonará la herencia de su padre. Tomará criados que le ayuden;

tiene una condicion tan dulce! nada le divierte tanto como los libros. — Yo quisiera ver á ese jóven, dixo Eugenia con bastante viveza, é impelida de cierto interes que no sabia discernir. — A la verdad, señorita, respondió Guillermo, no es cosa muy dificil: os llevaré á su quarto, porque ocupado en sus estudios, no se acuesta hasta muy tarde. Mi hija se puso como una grana con la respuesta de Guillermo; me miró, y leí en sus ojos que me pedia perdon de su ligereza. Yo tambien tenia curiosidad de conocer á un jóven tan elogiado de su padre; y

apoyando el deseo de Eugenia, dixe al labrador: pues bien, Guillermo, si no le molestamos, dignaos de presentarnos á él, y le diremos quan obligados estamos á vuestro generoso hospedage. — Pues no hay mas que subir esta pequeña escalera.

El buen viejo, embelesado, tomó la luz, caminó delante, nos conduxo al piso mas alto, y deteniéndose junto á una puerta, dixo: ¿te has acostado, Eusebio? — No señor. — Pues abre, que te traigo una buena compañía. Abrió; y quedamos atónitos de vernos en una estancia adornada con el

gusto mas fino. El jóven era un modelo de gallardía, cortés en gran manera, y modesto hasta lo sumo. Estaba vestido de un sobretodo muy bién hecho, y todo acreditaba en él la educacion mas fina y exquisita. Nos saludó, y tomando la mano á Guillermo, le dixo: ¿pues cómo, padre mio, no os habeis recogido todavia? —— Ya sabes que duermo poco; y por eso ando por allá abaxo haciendo tiempo, y pensando en tí, que es lo que mas me divierte.

Eusebio nos suplicó que nos sentásemos en un camapé, lo hi-

cimos, y entretanto cerró apresuradamente algunos manuscritos, en que, al parecer, estaba trabajando. Guillermo le contó nuestra repentina llegada, y le dixo mi nombre; él abrazó á su padre alabando su buen corazon; y luego dirigiéndose á mí, me dixo: señor Conde, mucha felicidad es para nosotros que la casualidad nos haya proporcionado el honor de hospedaros. No encontrareis aquí las comodidades á que estais acostumbrado; pero sí el respeto y todas las atenciones que mereceis.... ¿Qué tal? interrumpió Guillermo: ¿no es una al-

haja el muchacho? ¿por qué no enseñas á estos señores tu librería? — Ya la veo, dixe yo, por cortar las sencilleces de Guillermo: ¿bien tendreis aquí unos quinientos volúmenes? — Dos mil hay, respondió Eusebio con mucha dulzura. — Tambien hay dibuxos y quadros que me parecen... — Suyos son, señor; él los ha hecho, dixo muy alegre Guillermo. — ¿Con qué tambien pinta? añadió Eugenia. — Un poco, señorita; pero mis obras tendrian mucho mas mérito si copiase las gracias que os adornan.

Avergonzóse Eugenia; y yo

me levanté para exâminar los quadros, que me pareciéron muy buenos. Habia un quaderno de música sobre un piano; Eugenia lo advirtió, y Guillermo dixo al instante á Eusebio. — ¿No nos harás el gusto de tocar y cantar un poco? — Con mucho gusto, padre mio; pero temo privar á nuestros huéspedes del sueño que sin duda necesitan.

Todos le suplicamos que no lo dexase por eso, él no se hizo de rogar, y con la voz mas dulce y el estilo mas expresivo nos cantó el siguiente romance que él mismo habia compuesto.



En los bienes temporales
Nunca tengas confianza,
Que sujetos á mudanza
Suelen convertirse en males;
Los del alma de inmortales
Blasonan; busca esta palma,
Que la mas segura calma
Te puede proporcionar,
Y no te podrá faltar,
Mientras no te falte el alma.

Alex.r Blanco lo grabó

Los que arrastrais del Dios ciego
las durísimas cadenas,
venid á tomar exemplo
de mi fria indiferencia.

No digo que no me gustan
las gracias de una belleza,
pero entre el amor y el gusto
hay una distancia inmensa.

Mucho pierde de sí misma
hermosura que sujeta;
que no debe ser tormento
lo que alhago ser debiera.

Una risa encantadora
en una boca de perlas
unos ojos brilladores
que el corazon atraviesan.

Mucho poderio alcanzan,

mucho el alma lisonjean,
mucho al sentido complacen;
mas no valen lo que cuestan.

Eugenia, á ruegos de Eusebio, tambien cantó, pero temblando, y como temiendo la superioridad del que la habia precedido; y con razon, porque este jóven reunia todas las gracias en su mayor punto. Mucho tiempo nos detuvimos en su quarto; pero como se hacia muy tarde, dexamos el templo de las musas, por la habitacion del labrador. Guillermo nos preguntó con entusiasmo, qué pensábamos de su hijo, y nosotros

le hicimos la justicia que se merecia, con lo que el viejo quedó contentísimo. Mi hija y yo nos retiramos á dos quartos contiguos. Yo dormí; pero no tan profundamente, que no advirtiese que Eugenia tosia con freqüencia, y no podia disfrutar las dulzuras del sueño, lo que atribuí al cansancio, y sobre todo á la inquietud que nos habia causado el fin de nuestro viage. A la mañana, quando nos presentamos, nos hiciéron las preguntas de estilo, y todos juntos nos pusimos á desayunar. Entónces fué quando nos confirmamos en la opinion que ha-

biamos formado de Eusebio, porque su conversacion fué la mas agradable y llena de gràcias que puede imaginarse. Manifestaba mucho amor y respeto á su padre, y no le humillaban los modales rústicos del anciano. Si este raro y feliz carácter me embelesaba, aun hacia mas impresion en el alma de Eugenia, que hasta entónces habia sido insensible al amor. No reparé entónces la revolucion que nacia en su pecho, y quando tomé el coche, sin preveer las conseqüencias, rogué á Guillermo y su hijo que viniesen á verme á este castillo:

me lo prometiéron, y al fin nos separamos con el mayor sentimiento.

Luego que llegamos aquí, reparé que mi hija estaba taciturna y melancólica. Quando la hablaba del mérito del jóven Ledoux, procuraba mudar de conversacion, y veia que sus ojos se cargaban de lágrimas. Mucho tiempo estuve sin penetrar la causa de su tristeza, y nunca la hubiera conocido, si un dia no hubiesen entrado á decirme que deseaban verme Guillermo y su hijo. Al oir esto perdió Eugenia el color, y fué preciso llevarla á

su cama, donde se sintió indispuesta. No por eso dexé de recibir muy bien á aquellos; y el padre me aseguró que habia venido á visitarme por condescender con las vivas instancias de su hijo, añadiendo, sin saber lo que se decia, que la hermosura de Eugenia habia trastornado la cabeza de su Eusebio.

Este se puso como un fuego, y todo su talento no bastó á remediar la inadvertencia de su padre. Les hice sentar, y al instante me preguntáron por mi hija, la qual se presentó, pero pálida y abatida. Eusebio mostró quan-

to se interesaba en su salud; Eugenia le miró con demasiada ternura, y al instante conocí los sentimientos de que ambos jóvenes se hallan agitados. Sin embargo disimulé, y mis huéspedes estuviéron en mi casa tres dias, que se dedicáron á las musas, las artes y las mas dulces conversaciones.

Quando se fueron, volvió mi hija á caer en su terrible melancolía, y se apoderó de ella una fiebre lenta que podia serla muy funesta. El temor de perderla pudo mas conmigo que el orgullo y la vanidad, y por tanto un

dia la dixe: hija mia, ¿cómo he podido perder tu confianza?——¿Qué es lo que decís, padre mio?——Sí, tú me ocultas un secreto que mas hubiera querido saberle de tí que adivinarle.——¿Un secreto?—Sí, tu estás enamorada....——¡Cielos! ¿pero de quién?...——Del jóven Ledoux.—Pero, señor, no pudiendo ser mi esposo, ¿me habia de atrever?...—Hija mia, quando el amor se apodera de nosotros, las conveniencias sociales son las que nos detienen menos.——Señor...——Vaya, confiesa ingenuamente que despues de haber resistido á to-

da la brillante juventud de París, el hijo de un simple labrador ha triunfado de tu corazon. —— Su mérito... —— Es grande, convengo; pero considera su clase. —— Castigad á vuestra hija, que no ha podido cumplir la promesa que os hizo de no amar; ¡me confunde mi debilidad! —— Muchas cosas podria decirte, pero las reservo para otra ocasion, y dentro de dos dias sabrás mi resolucion. — ¿Dentro.... de dos dias? — Sí, hija mia; pero cuenta siempre con la ternura y consuelos de tu padre.

Quedó Eugenia muy inquieta;

yo la dexé, y tomando al instante un caballo fuí á la quinta de Guillermo, el qual quedó atónito al verme. Despues del regular cumplimiento, le dixe. ¿Qué es lo que podeis dar á vuestro hijo? — Pero, señor, esa pregunta... — Respondedme con franqueza; ¿qué le dais? — Yo. . . . puedo darle esta quinta.... algunas pocas tierras.... y todo lo que tengo, aunque no es mucho. — Está bien: pues yo le caso. — ¿A quién? — A vuestro hijo. — Vaya que os quereis burlar: ¡casar á mi hijo! ¿y con quién? ¿con alguna criada de la señorita, ó

con alguna labradora? El caso es que él no lo hará: está enamorado, parece un loco; y la causa de todo ha sido el haberos hospedado.

Empezó el viejo á llorar amargamente, yo me enternecí, y con toda dulzura le pregunté. — ¿Y de quién está enamorado? — Yo, señor, no me atrevo á decíroslo.— Pues en verdad que siento que se halle en esa disposicion, porque trastorna todos mis pensamientos. Cabalmente venia yo á ofrecerle por esposa á mi hija. — ¿Qué.... que es lo que decis? ¿hablais de veras? — No hay duda;

yo le queria para marido de Eugenia ; pero si está enamorado...— De ella, señor, de ella : ¡Dios mio! ¿qué es lo que me pasa? ¡qué alegria! " ¡Dios mio! ¿Eusebio?.... ¡el pobre muchacho! ¡estaba tan triste! ¿Eusebio? baxa pronto. ¡Si supierais que afligido estaba yo! me hubiera muerto de pesar.... Hombre, ¿no baxas?

Eusebio, asustado de los gritos de su padre baxó precipitadamente, y en efecto estaba muy desfigurado. Al instante que me vió, quedó inmóvil; y temiendo que sabia su amor y que venia

á reprehenderle, se cubrió el rostro con las manos. Guillermo se arrojó á su cuello, diciéndole: alégrate, hijo mio, alégrate: pues el señor Conde quiere que seas esposo de su hija. Sí, amigo mio, le dixe, yo quiero hacerte feliz, y llevarte conmigo para que seas dueño de la mano de Eugenia, ya que lo eres de su corazon.

El jóven cayó sobre mi pecho, inundándole con lágrimas de gratitud, en tanto que su padre, dándome golpecitos sobre la espalda con la mayor familiaridad, exclamaba: ¡Usted sí que es hombre que sabe estimar la honradez tanto co-

mo la nobleza! Eusebio, como fuera de sí, decia: ¿qué me sucede? ¿es posible? ¡yo esposo de Eugenia! ¡ó padre mio! ¡hoy sí que conozco y agradezco la educacion que me habeis dado!

Dexé á Eusebio desahogarse; y en dos palabras arreglé con Guillermo los contratos. Estaba tan aturdido que á mis proposiciones no respondia mas que *sí señor*.— Guillermo, me llevo á vuestro hijo.—Sí señor.—¿Quereis acompañarnos?— Sí señor.— No quiero que deis nada á vuestro hijo.— Sí señor.— Conservareis vuestra quinta.— Sí señor.— Y

acabareis en ella pacíficamente vuestros dias. —— Sí, sí señor.

A la mañana siguiente montamos los tres, y llegamos á Versevil á hora de comer. Me adelanté á mis nuevos huéspedes, y subí al quarto de mi hija, que estaba muy inquieta por mi ausencia, y no se atrevió á preguntarme el motivo. Hija mia, la dixe, traigo dos amigos á comer; y aunque sé que no estás muy buena, quisiera que te esforzases á hacernos compañia en la mesa. —— ¿Si pudieseis dispensarme... —— Me será muy sensible. —— Pues yo baxaré. Así lo hizo, se sentó á la

mesa conmigo, y los convidados no parecian. Ella miraba á todas partes extrañando esta novedad, quando entráron mis nuevos parientes. ¡Cielos! ¡qué veo! exclamó Eugenia.

Hice sentar á Eusebio junto á su querida, á quien dixe: hija mia, esta es una comida de familia, pues tienes á tu lado á tu esposo, y este anciano será en adelante tu segundo padre.

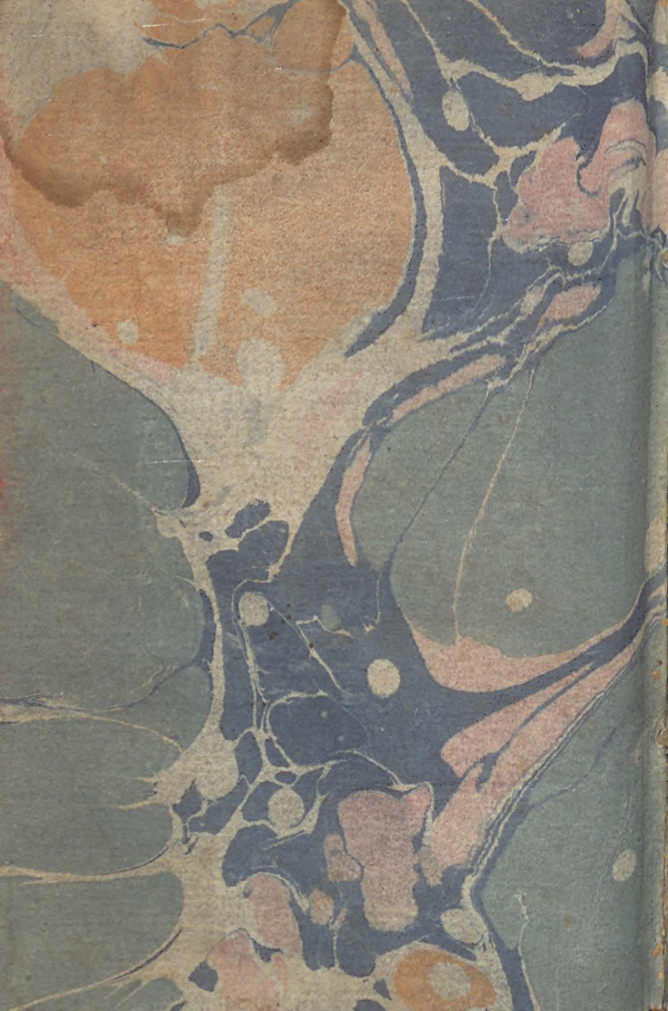
No os explicaré la alegría de los dos amantes; solo os diré que se casáron á muy pocos dias, y que mi hija y yo cada dia agradecemos al cielo la felicidad que

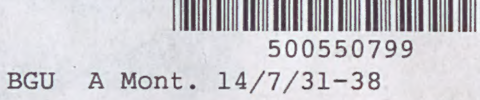
nos ha proporcionado.

Apénas habia acabado de hablar Mr. de Versevil quando llegáron sus hijos, y se arrojáron entre sus brazos. ¿Cómo está tu padre? preguntó el Conde á su yerno. — Muy bueno, y me ha encargado que os dixera mil cosas... — Y ha hecho, añadió Eugenia, infinitas caricias á mi niño. — Yo lo creo, porque es grande satisfaccion el verse uno reproducido en sus nietos.

Mr. y Madama Ledoux reparáron entónces en nosotros, y saludáron á Palemon que no se cansaba de admirar las gracias de es-

tos esposos. Habló con ellos y su padre algun rato; pero luego se despidió y volvió con toda su familia á la granja, hablando de la divertida historia que acababan de oir.







TARDES
DE LA
GRANJA
MONT. 14
7/34

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm